

LOLA BENÍTEZ MOLINA

LA SOLEDAD DEL CUERDO

Dedicado a mi hijo, al que pretendo
inculcar el amor por la literatura.

“Hace falta toda una vida para aprender a vivir”.

Séneca

**“Felicidad no es hacer lo que uno quiere, sino querer lo que
uno hace”.**

Jean Paul Sartre

**“La soledad no deseada es el mayor de los tormentos: incendia
los ríos y mares de la mente y seca hasta las raíces del árbol de
la vida”.**

Carlos Benítez Villodres

CAPITULO I

Cuando lo conocí, ya era un prestigioso escritor y psiquiatra del hospital “Mount Sinaí” de Nueva York, de ese tipo de hombres que no pasan inadvertidos; sumamente atractivo, varonil y además gozaba de una educación exquisita. Te reías con sus ideas y una persona que te hace reír siempre es atrayente.

La verdad es que me impactó a primera vista. Una especie de flechazo, diría. Yo comencé bastante nerviosa por todo lo que suponía lo desconocido. Aquel nuevo trabajo, aquella urbe tan colosal... Dominaba el idioma pero no lo suficiente como para desenvolverme con soltura. Me sentía cohibida.

Fui allí como enfermera, ya que a mi marido le habían dado una beca en el departamento de investigación con células madre.

Nunca olvidaré el primer día. Ha quedado completamente sellado en mi memoria. Recuerdo que pasó por mi lado y en un primer momento no pareció reparar en mí. Yo estaba examinando el servicio sin perder detalle. Y, de repente, lo vi mirándome con fijeza, lo que me hizo sentir insegura, pero enseguida comenzó a hablar como si ya me conociese. Me llamó la atención el hecho de que supiese mi nombre.

—Buenos días, Cris. Bienvenida —me dijo—. Acabas de alegrarme el día. La verdad es que esperaba una enfermera mayor y debo reconocer que no tan guapa.

Me ruboricé y sólo acerté a decir:

—Buenos días, doctor Stanton.

–¡Huy! ¡Qué formal! No creo que sea mucho pedir que me llames Richard.

–De acuerdo, doctor Stanton.

Y entonces soltó una gran carcajada. Y comenzamos a reír los dos.

Tuvimos que adaptarnos rápidamente a la vertiginosa vida de Nueva York, entrar en la vorágine del asfalto casi sin aliento. Buscamos colegio para nuestros dos hijos. Pronto la vida comenzó a fluir con normalidad. Entramos en la rutina diaria: trabajo –casa, casa –trabajo. Mi marido y yo apenas teníamos tiempo para nosotros. La monotonía de pareja se había instalado, había hecho su feroz acto de presencia. Sólo salíamos cuando el compromiso era ineludible.

Aun así, yo luché por mantener mi matrimonio y mi familia unida. Tenía mi vida encauzada y quería y necesitaba una estabilidad por difíciles que pudieran llegar a ser las circunstancias. Mi marido lo sabía y a veces llegaba a tensar bastante la cuerda. Pero ahí estaba yo aparentemente impertérrita.

Tuve una infancia marcada por la separación de mis padres, sabía lo que eso había significado, no solo para mí sino también para ellos, así que, siendo muy joven, me prometí a mí misma que si tenía hijos no los haría pasar por ese trance. Con esto no quiero decir que todos lo pasen como lo viví yo, pero aquí estoy expresando cómo percibía yo los acontecimientos.

No obstante, me sentí fuertemente atraída por Richard. Contra eso no podía lidiar. De él me sedujo su inteligencia, su gran profesionalidad, su sentido del humor. Sabía empatizar con sus pacientes y aún no sé hasta qué punto aquello podía ser significativamente bueno.

Enseguida se convirtió en mi amor platónico y me atrevería a decir que yo en el suyo. Había una bonita complicidad entre ambos. Se basaba en admiración mutua. Con él aprendí muchas cosas. Conseguía evadirme de mi presente. Me valoraba, me aportaba

seguridad. Disfrutaba de su trabajo y yo con él. Me hizo ver lo bueno que puede haber en cada ser humano.

Gran seductor; parecía hermético respecto a su vida privada. Pero tras muchas horas de trabajo llegué a conocerlo en profundidad.

Por aquel entonces tenía a su mujer con Alzheimer. Aún no estaba en una fase muy avanzada, pero, aunque era joven, la enfermedad comenzaba a hacer mella.

Recuerdo que a veces se pasaba horas y horas en el departamento de investigación para conocer de primera mano los avances con las células madre en ese terreno. Incluso mi marido me comentó lo fascinante que sería conocerle, pues tenía la inquietud de un aprendiz que emprende la vocación para la que se siente llamado.

Como iba diciendo, se deshacía en cuidados y mimos con ella. Aunque las malas lenguas decían que era un auténtico Donjuán.

Sus escasas horas libres las pasaba junto a ella. Le hacía ejercitar la memoria en la medida de lo posible, esos momentos en que parecía estar más cuerda. El resto del tiempo impartía conferencias por todo el mundo. Eran bien conocidas sus charlas sobre inteligencia emocional, a las que salpicaba de humor y de anécdotas a cual más interesante. Para él, estar ocioso era la base del mal.

En el trabajo era igual de ameno y respetuoso.

Recuerdo que un día tenía prisa por marcharse, algo inusual en él. Había quedado con su gran amigo de la infancia. Hacía años que no se veían pero mantenían una estrecha relación. Solían cartearse como antaño. Les gustaba escribir sus propias cartas a mano y el ritual de comprar sobres y sellos e ir al buzón correspondiente. Cuando querían hablar largo y tendido, lo hacían así, y si no, vía email.

Así es como conocí a Gustav.

–Buenos días, señorita. Por favor, podría indicarme dónde está el doctor Richard Stanton.

–Lo siento, está ocupado. Dígame su nombre y lo haré pasar enseguida.

–¡Oh, mi fiel amigo nunca cambiará! Está bien, esperaré. De todas formas no tengo nada mejor que hacer, al menos por ahora.

Sacó sus gafas y un libro y se sentó.

Gustav tenía aspecto intelectual con aquella melena y barba canosa bien cuidada y, además, vestía de manera impecable. Su cara me resultó familiar. Claro, enseguida lo supe, era un escritor de renombre.

Yo misma había leído alguno de sus libros, como buena lectora empedernida. En mis momentos de desánimo suponía una buena válvula de escape.

Gustav, al igual que Richard, era enormemente culto, uno de esos hombres que despiertan interés con sólo mirarlos. Era español como yo. Nacido en el seno de una familia humilde en la que, como en tantas otras, los sinsabores de la guerra civil española hicieron sus estragos.

Superprotegido hasta la saciedad y con razón, pues el destino quiso que el que debía haber sido segundo hijo en la línea sucesoria, pasase a ser el primogénito tras perder su madre, a los veinte días de nacer, a su primera hija. Al parecer, la niña había nacido completamente sana, pero falleció tras la administración de una vacuna. Al menos eso es lo que le dijeron los médicos, pues no la dejaron verla. Argumentaron que así el sufrimiento sería menor y que ante tan terrible suceso todo se haría según trámite, pues se hacían cargo del dolor que aquello suponía. En ellos siempre quedó la sombra de la duda, pero ya nada pudieron hacer.

Él decía que estaba en este mundo de milagro, ya que sus padres después de aquel duro trance, el más duro de los que pueden ocurrir, decidieron no tener más hijos y así es como María se lo hizo saber a un sacerdote en acto de confesión.

—Padre estoy pecando porque me he propuesto no tener hijos.

—Y ¿cómo puede ser eso, hija mía? Si un hijo es un regalo divino. No os obcequéis. Dejadlo en manos de Dios. Él es el único que tiene potestad para decidirlo.

Familia de profundas raíces religiosas y, sin embargo, nunca vio celebrar una sola Noche Buena, porque, antes de él venir al mundo, un tío suyo había fallecido esa misma noche, siendo aún muy joven.

Su madre le contaría ya pasados los años que aquel mismo sacerdote volvió a verlo una vez más por puro azar. Él, por supuesto, no la reconoció. Pero un día lluvioso del mes de Noviembre, cuando Gustav contaba dos años de edad, al volver a casa en autobús, no habiendo sitio para sentarse, un párroco con sotana negra se volvió y dijo.

—Señora, no se preocupe yo llevaré a su hijo—. Y lo cogió en brazos.

Así es como le vino a su madre el recuerdo de las palabras que aquel mismo sacerdote le había dicho un día en confesión.

Estos hechos marcaron su infancia y su vida. Si, además, a ello se une una mezcla explosiva de una gran sensibilidad junto a una gran rebeldía, de la que siempre ha hecho gala... Mezcla que a la larga le pasará factura.

De niño era un alumno aventajado. Podría haber estudiado lo que hubiese querido porque siempre le concedían becas. Ya entonces le gustaba escribir. Los profesores conocían su valía. Su otra gran pasión era la medicina. Tenía muy claro que quería ser cirujano; de hecho le concedieron la beca para que se pudiera ir a Madrid a cumplir su sueño.

Qué bonitos son los sueños a tan temprana edad cuando se tiene la inocencia aún sin empañar; cuando se tiene toda la vida por delante, y todas las ilusiones tienen sus raíces sin marchitar, y no se conoce la frustración, frustración que le llegó a Gustav cuando su madre decidió que era muy joven para marchar a Madrid, pues para ella suponía como afrontar una pérdida más.

Así fue como en un primer momento estudiaría magisterio. Se aficionó a leer a los grandes filósofos y eruditos de la época. Así pues, si analizamos la historia descubrimos que los grandes genios como Picasso, Vangohg, Bethoven, y así podríamos enumerar un gran sin fin de ellos, se han caracterizado precisamente por un carácter difícil, con grandes altibajos; sin embargo, el legado que han dejado a la humanidad es de un valor incalculable. No obstante, el hombre, el ser humano que había en ellos estaba lleno de contradicciones, de grandes conflictos internos que plasmaban en su obra. Algunos de ellos llegarán a rozar la locura, pero no era sino su extrema cordura lo que los llevaba por unos derroteros de angustia infinita. La soledad del cuerdo es como yo lo llamo, y aquí expongo la vida de uno de esos cuerdos, cuyo pensamiento y las vicisitudes de la vida lo han llevado a forjar su existencia.

Visto desde el prisma de mis ojos es un genio, un erudito, pero incomprendido.

Con estas líneas quisiera abrir una brecha de luz en su camino, camino por el que ahora deambula a oscuras y del que no es que no sepa sino que se niega a salir. Prefiere estar cuerdo a dejarse engañar por espejismos que, según él, no lo conducen a ninguna parte.

Hay quien ha llegado a compararlo con Walt Whitman, Baudelaire o Miguel Hernández.

Gustav está tan sumamente cuerdo que tiene que visitar asiduamente al psiquiatra. Parece un contrasentido, pero la realidad lo abrumba. Piensa que puede que

haya otra vida, pero el cuerpo sí es perecedero, realidad que lo atormenta hasta rayar en la locura. Él no se engaña a sí mismo machacándose en el gimnasio o quitándose esas arrugas para intentar mentir al tiempo. Sabe que cada hora que corre pasa implacable. No soporta estar a solas consigo mismo y, sin embargo, cuántas horas frente al papel...

Me llamaba la atención que su película favorita fuese “El Doctor Zhivago”, de Boris Pasternak, hasta el punto de que su casa de verano se llama “Varyquino”.

Para quien no conozca a Gustav basta con que vea la película y se meta en la piel del Doctor Zhivago. Tiene una sensibilidad extrema, sensibilidad que solo puede captar un poeta. Es un hombre comprometido con la sociedad de su tiempo, que sufre de manera sobrehumana con las injusticias. Es un hombre que ama por encima de todo la belleza, el amor, valga la redundancia; que capta la quintaesencia de las cosas. Es, en definitiva, un hombre bueno al que las circunstancias, como a todos, le han ido marcando el rumbo, un rumbo a veces nada apetecible. A quien más daño se hace es a sí mismo. Su rebeldía, en ocasiones, no lo deja ni respirar, lo asfixia. Quiere retener lo efímero, detener el tiempo, cabalgar a galope. Así es como titula uno de sus libros.

Dana es su equilibrio, siempre lo ha sido; lo entiende y sufre en silencio. Sin ella, la furia del caballo lo hubiese desbocado. No quiere riendas, lucha contra cualquier adversidad y así lo expresa en su frase: “No soy de los que se quedan a la orilla de un río, ni de los que lo cruzan por un puente. Me gusta zambullirme en sus aguas y nadar, nadar..., sobre todo a contracorriente”.

En ese momento salió Richard del despacho y le comunicó que alguien lo esperaba.

—No me digas quién. Seguro que se trata de mi buen amigo Gustav. ¿Es un hombre bien parecido, con una mochila a la espalda?

–Bien parecido sí, pero yo no le he visto ninguna mochila.

- Te equivocas, querida. Sí la lleva y como él mismo dirá: “Solo llevo en mi mochila la mirada tierna de una mujer, un verso sin concluir y el pan de mi rebeldía”. Así es él.

Cruzaron sus miradas y se fundieron en un eterno abrazo.

Al día siguiente, Richard apareció pletórico y después de la jornada de trabajo me invitó a almorzar. Acepté, pues mis hijos estaban en el colegio y no había nadie que me esperase. Mi marido, la mayoría de las veces, no venía a comer.

No me esperaba aquella invitación. Me sentía atónita, como una colegiala cuando experimenta lo que es salir a solas con el chico más guapo de la clase y no espera ser ella la elegida.

Al entrar en la cafetería del hospital, que a esa hora se hallaba llena de trabajadores, allí estaba él exultante dirigiéndome una gran sonrisa. Noté cómo me ruborizaba y me enfadé conmigo misma.

– ¿Te ocurre algo, Cris?

– ¿Cómo?

–Te noto más seria de lo habitual. Si no querías venir...

– ¡Oh no! No es eso.

–Bien, pues entonces pediremos. ¿Qué te apetece?

Lo cierto es que no me apetecía nada, solo con mirarlo a él ya me alimentaba. Pero conociéndome me hubiese sentido francamente mal si él se hubiese percatado de ello. Disimulé como pude y le pregunté por su amigo Gustav. Así me relató cómo se conocieron. Tenían ambos diez años. Richard y su familia pasaban los veranos en un “Carmen” del Albaicín de Granada. Se hallaba jugando en la calle con sus primos cuando se les acercó una señora muy apesadumbrada y les preguntó si habían visto

pasar por allí a un chiquillo de su misma edad, pues andaban buscándolo largo rato ella y su familia. De repente apareció él y su madre lo abrazó antes de soltarle alguna reprimenda.

Era Gustav y con gran aplomo les dijo:

—Lo siento, pero es que quedé fascinado por sus calles y comencé a caminar casi sin darme cuenta. Por suerte memoricé todas y cada una de las calles por las que anduve y así pude volver a donde vosotros estabais.

—Pero, ¿y si nos hubiésemos movido? —sollozaba su madre—.

—Yo supuse que alguno esperaría en el mismo lugar.

Al ver aquella escena, mis tíos los invitaron a entrar en casa y así se fraguó la amistad entre ambos.

Pasados los años y, cuando sus trabajos se lo permitían, convertirían como punto de encuentro El auditorio “Manuel de Falla”, ya que ambos gozaban de la compañía “entre comillas” de los románticos Berlioz, Schubert, Brahms y un largo etcétera.

Posteriormente, bajaban hasta el Campo del Príncipe. Allí Gustav se reencontraba con su fiel amigo el Señor de los Favores.

Así diría:

—“En Granada, en el Campo del Príncipe, tengo un amigo que siempre está esperándome”.

—“En cada una de mis muertes..., en Granada iniciaba una nueva vida” o “En Granada se sueña y se vive lo soñado”.

Richard, como no tenía Granada tan cerca para acudir en cada una de sus muertes, se conformaba con escuchar el concierto para piano nº 2 de Rachmaninov.

Ambos dan un valor sobrehumano a la amistad. Saben que es una de las cosas esenciales de esta vida. En ese momento de la narración, cuando aún no habíamos pedido el postre, sonó el teléfono de Richard:

–¿Sí, dígame?

Su expresión cambió de inmediato.

–Sí, sí, ahora mismo voy –y colgó.

–Vamos, ha ingresado por urgencias un paciente de unos cuarenta y cinco años, con antecedentes de trastorno bipolar e ideas delirantes, que acaba de tener un accidente. Al parecer, algunos testigos lo vieron subirse a un coche diciendo que tenía que competir con Sebastian Vettel y arrancó a toda velocidad.

–¿Cuál es el diagnóstico, aparte del mental?

–Traumatismo craneoencefálico, fractura de meseta tibial y múltiples fracturas costales.

–Vayamos, pues.

Una vez estabilizadas las constantes vitales, fue llevado a UCI.

Se intentó localizar a la familia pero nadie apareció.

Contactamos con la residencia psiquiátrica de la que se había escapado y allí nos pusieron al corriente de su trayectoria. Había llegado a estudiar medicina, pero nunca llegó a ejercerla. Durante sus estudios universitarios conocería a la que luego sería su mujer. No pudieron tener hijos, ya que ella falleció pocos años después, tras una larga enfermedad. Él nunca lo superó, por lo que requirió internamiento psiquiátrico en varias ocasiones.

Cuando pudo desconectarse del respirador, después de realizarle una traqueotomía y, cuando ya pudo comenzar a comunicarse con el personal sanitario, decía que por las noches su mujer había ido a visitarlo. “Desorientación, delirios”,

decían los facultativos del hospital. Y aunque llegó a tener una leve mejoría, lo que suele llamarse en el argot médico, “mejoría antes de la muerte”, el que por unos minutos había sido Vettel murió.

En aquellos fríos y desangelados días había recibido la visita de un compañero de estudios, que se encargó de los preparativos para un entierro digno.

—¿Usted era su amigo, no?

—Sí.

—Pues tenga. Solo tenía este libro, que no sabemos quién se lo habrá dado, ya que no traía ninguna pertenencia.

Lo miró. Estaba escrito por Ángela, su mujer. No podía ser. Se quedó estupefacto. Ella había muerto en 1.975. Él sabía, según nos dijo, que por aquel entonces ella decía que tenía en mente el proyecto de escribir una novela, cosas de juventud, sin trascendencia.

Pero el libro databa de 1.986. El copyright, todo era de 1.986 Autora: Ángela Villodres Vera. Y “allí estaba ahora entre sus manos”, me habían dicho al dármelo.

Hay misterios en la vida que ocurren y no sabe uno ni cómo ni por qué. Pero están ahí, nos desconciertan.

Con la experiencia adquirida he podido constatar que, en las postrimerías de la muerte, un altísimo porcentaje de moribundos llaman a sus familiares ya desaparecidos. Es como si ya comenzasen a verlos y tener contacto con ellos. No llaman a sus hijos ni a los que están aquí, sino a los que ya se han ido. Muchas veces dicen incongruencias, lo que llamamos desorientación. Otra característica es que verbalmente se vuelven desinhibidos.

Este acontecimiento le trajo a Richard a la memoria un suceso acaecido en la niñez de Gustav. Suceso que lo marcó profundamente. Él nunca hablaba de ello; de hecho Richard se enteró por su hermana pequeña.

Gustav, con doce, trece años, en sus ratos de ocio, cuando no estaba estudiando, cogía su bicicleta e iba al cementerio a visitar la tumba de su otra hermana; es cierto que, por supuesto, no la había conocido, pero aunque su familia prefería no tocar el tema, por lo doloroso que resultaba, algo le decía a Gustav en su interior que allí encontraba la paz que anhelaba. Sentía que ella estaba presente. Así transcurrieron años hasta que uno de esos días vio que el nicho estaba completamente vacío, ya no permanecía la piedra con el nombre de su hermana.

Tardó días en poder decírselo a su madre, por si ella sabía algo. Tampoco nadie la había informado. Intentó averiguar qué había ocurrido, pero no obtuvo respuestas y ahondar en la herida era extremadamente doloroso, una herida que nunca cicatrizaba, que sangraba con bastante frecuencia.

Esta anécdota de la vida de Gustav me hizo sentir una gran simpatía y ternura hacia él.

Había sido un largo día. Por otro lado, la calidez de la voz de Richard me turbaba, me hacía estremecer. Noté cómo me temblaban los labios.

—Pareces cansada. Ha sido una jornada agotadora. Ve a descansar. Seguro que en tu casa te echan de menos.

—No te creas. Mis hijos ya deben de estar dormidos y aún me quedan historias por ordenar para mañana. Las prepararé enseguida.

—No seas obstinada y hazme caso.

—¿Y tú? ¿No te vas?

–Yo me quedaré un rato más. He de preparar la conferencia que la próxima semana tengo que dar en Luxemburgo.

–Tú también tendrías que descansar. Debes cuidarte para cuando yo te necesite.

Puso su mano en mi mejilla y me acarició suavemente.

–Sabes que siempre me tendrás. Lástima que no te hubiese conocido en otras circunstancias. No te me habrías escapado. Posees juventud y dulzura de diosa.

–No me conoces.

–Te conozco mucho más de lo que tú te crees. Poseo la seguridad que dan los años y una vasta experiencia. Me gusta la inocencia que aún mantienes y esa elegancia innata.

Noto cómo sus ojos me miran y me desnudan tiernamente con la mirada. Mi fantasía vuela. Siento un leve cosquilleo.

Esa noche no conseguí conciliar el sueño. Se establecía una lucha interior entre lo que mi corazón me pedía y lo que mi mente me dictaba.

A la mañana siguiente, Gustav pasó a recoger a Richard por la consulta y me invitó a asistir a una fiesta que organizaba en su apartamento de la 5ª Avenida.

–Irás Richard –me dijo–. Y podrás conocer a muchos escritores y artistas, cuya valía ya ha sido demostrada con creces.

Dudé por un instante.

–No acepto un no por respuesta. Verás cómo pasamos una velada estupenda y enriquecedora. Además quiero que conozcas a Dana, mi musa. Sin ella no estaría aquí hoy. Seguro que congeniáis.

Recuerdo que tenía un despacho impoluto, atestado de libros y lleno de recuerdos familiares. Cualquiera que lo viera diría que vivía anclado en el pasado.

Detrás de la puerta había un cuadro con un gran árbol genealógico de sus antepasados, y muchas fotos.

El salón, decorado con exquisito gusto, parecía una prolongación de su despacho. Al fondo, cercano a un gran ventanal, e iluminados por sendos focos, colgaban unos óleos que debían de haber costado una fortuna. Dos butacones isabelinos, uno frente al otro, servían para deleitarles en sus largas tardes de verano. Al lado, una pequeña mesa auxiliar con los libros que en ese momento leían. Y al otro lado, en una esquina, había un clavicordio del siglo XVI muy bien conservado, herencia de familia.

Fue Dana la que me abrió la puerta. Llegué exaltada pues no estaba aún acostumbrada a las grandes avenidas y me perdí en varias ocasiones. Opté por dejar el coche y coger un taxi. No me gustaba llegar tarde. Pensé en llamar y argumentar que me había surgido un imprevisto de última hora, pero yo misma me decía que no me creerían y quedaría aún peor.

Dana me recibió como si ya me conociera, sin hacer referencia a mi tardanza. Me dio un caluroso abrazo, lo cual agradecí, pues últimamente no recibía muchos afectos. Acto seguido la obsequié con una botella de "Vega Sicilia", que me habían enviado de España.

—¡Oh, vino español! Pasa, serás muy bien recibida.

— Gracias. Celebro que os guste.

Fue así cómo conocí a todos aquellos eruditos. Formaban un grupo de lo más variopinto, en el que se juntaban varias generaciones.

Se trataba de una cena informal y, enseguida, me vi inmersa en una amena conversación.

Un señor maduro comentaba que la edad no existe, que cada uno posee aquella que se propone tener.

Enseguida intervino un apuesto joven, que respondió:

—¿Es por eso por lo que siempre sales con chicas jóvenes?

El caballero me guiñó un ojo y dijo:

—No, exactamente. Es cierto que salgo con ellas, pero por una razón muy sencilla: porque son las que verdaderamente se enamoran. La atracción de lo nuevo, de lo desconocido, el despertar de la inocencia supone una hecatombe de sentimientos. Hay muchas cosas que un hombre maduro puede aportar a una mujer joven: protección, saber estar... Ha aprendido a tratar al sexo femenino, indispensable para que una relación pueda funcionar. Tiene que tener pequeños toques de “canalla”. Debe ser, al mismo tiempo, caballero a la antigua usanza y, a si es posible, llevar chaqueta y corbata. Esto ya es una broma. Tiene que mostrar seguridad en sí mismo y, muy importante, hacer reír.

A Gustav, en cierta ocasión, cuando salía de impartir sus clases, lo esperaba una de sus alumnas de dieciocho años y, con el descaro de una adolescente le dijo que le gustaría tener una aventura con él. A lo cual Gustav contestó que él podría ser su padre.

Ella, sin la menor congoja, añadió:

-No hay nada como un buen jamón “curao”; son los que están más buenos y apetecibles.

Gustav se echó a reír y lo dejó correr. Era lo más inteligente por su parte, pero la chica estaba obcecada con conseguir aquel trofeo.

Una mujer empeñada en conquistar a un hombre a toda costa es de lo más peligroso: idea todo tipo de artimañas, puede llegar a convertirse en un auténtico chacal. Lo convierte en una obsesión enfermiza.

Sin embargo, Dana parecía diferente, era la dulzura personificada. Hacía alarde de haber tenido una infancia sumamente feliz, que se reflejaba en su cara, aun en la

madurez. Decía que había sido una niña privilegiada como pocas. Sabía disfrutar de todo; lo mismo montaba a caballo que se subía a una bicicleta, o tocaba la armónica o la guitarra. Físicamente la comparaban con las mujeres de Julio Romero de Torres. Su hermana, en cambio, era la antítesis: rubia de aspecto quebradizo, pero de belleza serena.

Gustav y Dana se habían conocido cuando ambos contaban diecinueve años. Ella sería el gran amor de su vida, su amante, su amiga, su secretaria, su incondicional. Su unión se puede comparar a la de otras tantas parejas que se complementan a la perfección, como Gala y Dalí, Juan Ramón Jiménez y Zenobia, y un largo etcétera.

Ella era sencilla y fresca como agua que corre. Se crio entre las personas más influyentes de la época. Su padre, alcalde de su municipio, llegó a ser diputado en las Cortes. De él heredó su gran fuerza interior que le caracterizó durante toda su vida, tal vez porque a los catorce años vio cómo le mataban a su padre y a él lo herían gravemente. Se salvó porque tenía sobrepeso y la bala no llegó a ningún órgano vital.

Supo sacar adelante a su hermano pequeño y a su madre. Estudió con una beca en los jesuitas.

Nos remontamos a 1.939.

Es noche cerrada. Paco y Ana se hallan en casa preparando la cena para sus dos hijos.

De pronto, en la inmensidad de la noche se oyen disparos dispersos.

Los niños aún no son conscientes de la gravedad de la situación. El mayor, Juan, tiene algunas nociones de lo que ocurre, pero esa noche alcanzará la madurez en milésimas de segundo.

Su padre es, lo que se dice, un hombre bueno, pero la guadaña de la envidia, aprovechando la situación reinante, hará acto de presencia.

Golpean la puerta con insistencia.

—¡Por favor! ¡Busco cobijo! ¡Abridme! ¡Abridme, que me matan!

Paco y Ana se miran perplejos. Paco corre presuroso a abrir. No le da tiempo a verle la cara y un tiro le da de lleno. Cae fulminado.

Su hijo mayor, que estaba detrás, recibe otro impacto en el abdomen.

El cobarde agresor huye.

Paco yacerá inerte allí toda la noche. Su hijo Francisco, de tan solo cuatro años, permanece a su lado llamándolo.

La madre intenta consolarlo, pero está estupefacta.

El dolor es insufrible. Sabe que por su esposo ya no puede hacer nada, pero tiene que salvar la vida de su hijo mayor e intenta cortarle la hemorragia.

Siguen oyéndose disparos. No podrá salir a pedir ayuda hasta la mañana siguiente.

Mientras tanto, el menor de sus hijos no cesa en el empeño de “despertar” a su padre.

—¡Papá, papá, despierta! —repite una y otra vez. Aún no es consciente de la envergadura de la situación.

Este hecho, más la imposibilidad de tener hijos en un futuro, le marcarán profundamente el carácter.

Siempre que veo una persona en la que el deterioro físico es abismal, que denota algún conflicto interno, me pregunto qué circunstancias adversas han podido llevarlo a esa situación. Pienso que es el resultado de un largo y penoso sufrimiento, que no han podido superar. ¿Qué es lo que les ha deparado la vida de forma tan brutal para que se hallen en ese estado tan lamentable?

Seguro que en su no tan lejana juventud eran hombres o mujeres con su equipaje cargado de ilusiones y ahora solo tienen por acompañante su soledad, una soledad infinita, que los ahoga muy lentamente.

Pasamos por su lado como si no existieran en esta sociedad tan individualista y egocéntrica, pero están atrapados por el miedo, dando voces insonoras, gritos desgarradores. Se van consumiendo. ¿Habrán sido felices en algún momento? ¿Habrán tenido una vida normal? Seguro que sí. Que han disfrutado con sus días de gloria. No dejo de preguntarme qué les ha llevado a esa situación. Nos dicen que el mundo es de los fuertes. Juan lo era. La vida le había enseñado a serlo. Sin embargo, ¿Francisco fue más débil acaso o se dio un cúmulo de circunstancias?

Uno puede elegir entre dos caminos: el de las lamentaciones o el de la superación.

El destino implacable golpea una y otra vez. Te levantas, te arrastras, pero llega un momento en la vida de algunas personas en las que levantarse ya carece de sentido alguno. Como dijo Flaubert: “Cuidado con la tristeza, que ésta puede convertirse en vicio”.

“La actitud que uno toma ante las circunstancias es fundamental para conseguir el éxito”, solía decir Juan.

Pero, cuando una persona no es dueña de sus actos, ¿qué mayor castigo se le puede infligir?

Darwin decía que las especies que sobreviven son aquellas capaces de adaptarse al medio. Así ocurre con los hombres también

CAPÍTULO II

Pero volvamos al tiempo en que residimos en Nueva York, gracias a la beca de mi marido, y durante el cual tuve la oportunidad de asistir a numerosas fiestas más en el apartamento de Gustav.

Unas veces, algún amigo nos deleitaba tocando el violonchelo; otras, tenía lugar una lectura poética. Pero siempre era una velada distendida donde no faltaban las bromas y las carcajadas. Y la comida, la comida era una exquisitez con deliciosas delicatessen, ya que Dana presumía de ser una estupenda anfitriona.

Aquello me suponía una válvula de escape en la monotonía diaria. Además, Richard se mostraba muy atento conmigo y eso me halagaba.

En una de esas reuniones salió a relucir cómo se conocieron Gustav y Dana. Él, anteriormente, había tenido una novia que lo dejó y, al cabo de los años, por esos juegos a los que nos somete el destino, se enteró de que el motivo fue porque la chica en cuestión se había quedado embarazada de otro, ya que el de ellos era un amor casto y puro; bueno, más bien el de él.

Esto quedó en una anécdota de juventud, ya que el gran amor de su vida era, sin lugar a dudas, Dana. Ambos coincidían en que el suyo había sido un amor a primera vista, un auténtico flechazo, como suele decirse. Y nos contaron entre risas cómo en sus comienzos, una compañera de clase que andaba locamente enamorada de él —y nunca mejor dicho lo de locamente— ya que al comprobar que su amor no sería igualmente correspondido los acechó en un par de ocasiones. En una de ellas la emprendió a

paraguazos con ellos y, en otra, con un alfiler lo puso a él casi como un Cristo. Pues aunque él intentó zafarse de ella, para entonces ya le había dado varios “alfilerazos”. Todos soltaron sendas carcajadas al unísono.

Lo asombroso del caso es que terminó metiéndose a monja para luego salirse y casarse con un militar americano.

Gustav contó que, anteriormente, otra compañera por la que se sentía atraído, y con la que le gustaba conversar, le había dicho sin motivo alguno:

–Si en esta semana se muere alguien de mi familia, me meto a monja.

Pues bien, estuvo varios días sin ir a clase porque tuvo que ausentarse a Toledo, de donde ella era oriunda, y en la facultad comentaron que su ausencia era debida al fallecimiento de su abuelo.

Al regresar le dijo a Gustav:

-He decidido que mi camino es seguir a Dios.

A lo cual él añadió:

–¡Oh, vamos! Eso ha sido casualidad.

–De acuerdo, pondré el plazo de un mes. Si en él se muere otro miembro de mi familia, ya sí que me hago monja.

Y cuál no fue su sorpresa que a los pocos días le avisaron del fallecimiento de su madre.

Ni que decir tiene que lógicamente se metió a monja, y Gustav decidió olvidar el tema.

Al siguiente día de esa velada tan divertida, me avisaron por teléfono del colegio de mi hijo para decirme que no me preocupase, pero que se había caído y lo llevaban a la clínica más cercana porque había que darle un par de puntos de sutura. Por suerte, me hallaba de descanso y pude salir corriendo. No tardé mucho en llegar pero el camino se

me hizo eterno. A esa hora moverte de un sitio a otro resulta bastante arduo. Ya solo recuerdo que me dejaron pasar y lo tenían acostado en una camilla y una enfermera le estaba echando los puntos.

Tengo que reconocer que me quedé sorprendida de lo bien que se portó con cuatro años: no derramó ni una lágrima y, al salir, me dijo con su cara angelical: “Mamá, me he portado así para hacerme el valiente delante de ti”.

Los niños, a veces, nos dan lecciones de comportamiento a los mayores. Era para comérselo a besos.

También parecen tener un sexto sentido para ver la preocupación en el rostro de sus padres y siempre saben cómo conseguir que yo esbozara una sonrisa.

Los días que los sacaba a pasear al parque solían comenzar los dos al unísono:

-¡Alerta roja! ¡Alerta roja! Hay un problemilla. Nuestros pies se han cansado, pierden energía. Regresemos de vuelta a la base.

Disfrutaban viéndome reír.

CAPÍTULO III

Por aquella época llegó al departamento de Psiquiatría una doctora mejicana, originaria de Veracruz, para perfeccionar sus estudios; el equivalente a lo que en España conocemos como MIR. Tendría unos veinticinco años. Resultaba sensual, voluptuosa, de voz cadenciosa. Estaba separada y le gustaba disfrutar de la vida, en todos sus aspectos. Practicaba sky surf.

Nos hicimos amigas, aunque yo comencé con cierto recelo. Los ojos de Richard ya no solo se fijaban en mí. Además, se unía el hecho de que tenían que pasar bastantes horas juntos, ya que él era el tutor y el encargado del área y ella aprovechó para hacer su tesis doctoral sobre “los trastornos de personalidad y componente genético y ambiental”.

No puedo negar que me sentía celosa pero, ilusa de mí, creía que era yo la que ocupaba un hueco en el corazón de Richard.

Ella mi contrapunto, espontánea. Yo, en cambio, siempre meditaba antes de hablar.

Graciela, que así era como se llamaba, pronto se sumó a nuestras reuniones en el apartamento de Gustav. Recuerdo que, el primer día que vino, tuvo lugar una animada disertación sobre cómo alcanzar la felicidad –“y no morir en el intento”– añadió ella. Acabamos hablando del amor.

¿Puede considerarse el amor como una obsesión o es un estado de gozo sublime y placentero, a la vez que fugaz, que culmina cuando es correspondido? ¿Y solamente el no correspondido perdura en el tiempo, por la idealización del mismo?

Por supuesto, no íbamos a descubrir nada nuevo, pero disfrutamos bastante exponiendo y contrastando la visión de cada uno.

Ese día se unieron, a los habituales, una pareja joven que llevaban pocos años casados. Él, poco agraciado, con un mentón prominente que, si lo hubiese visto mi hijo, habría dicho que habíamos rescatado a un hombre de Neanderthal, pues además era bajito y con una cifosis dorsal bastante acentuada. Para acabar la descripción hay que añadir que de lampiño no tenía nada, sino todo lo contrario, pues se podía apreciar que era bastante velludo. Ella, también bajita aunque bien proporcionada. Pero lo que yo quería decir es lo que nos hicieron reír al contar algunas anécdotas. Comenzó a hablar él.

—Cuéntales, cuéntales... cómo amanecí después de la noche de bodas.

—¡Ah! Sí. Con los labios hinchados y con un gran hematoma en la zona submaxilar, que no pudo comer en varios días. Pero no es lo que pensáis. ¡Qué vergüenza!

—Y para más inri, al siguiente día habíamos quedado con toda la familia. Aquello duró varios meses. Lo peor fueron las bromitas que tuve que aguantar.

—Pero ¿qué es lo que ocurrió? —preguntó alguien.

—Muy simple. Yo no quería que al descorchar la botella de champán el tapón saltase y pudiera dar en el techo o en la pared, con la presión que eso lleva. ¿Cómo iba a dejar cualquier desperfecto en aquel impresionante hotel? Así que con la emoción y el nerviosismo de la noche dirigí la botella nada más y nada menos que hacia mi labio. Lo demás ya lo podéis imaginar.

Esos momentos de risa eran estupendos.

En otra ocasión, Dana recitó unos poemas preciosos que ella misma había escrito. Incluso se animó a cantar algunos a los que les había puesto música. Estaba preparando su primer libro, que pensaba presentar en Granada. Decía que todos habían pasado el visto bueno de Gustav, y que ello ya suponía un gran mérito. Él se jactaba al decir que había tenido un gran maestro, pero debía reconocer que era una alumna aventajada. Tal vez por ello, ella había pasado a ser su mejor crítica.

Ese mismo día, entre los asistentes se hallaba un filósofo. Yo no había reparado en él hasta que comenzó a hablar. Era alto, de piel morena y ojos claros; vestía un atuendo informal. Había permanecido en silencio bastante rato. Se había limitado a observar.

Ya avanzada la noche y, tras insistirle Dana para que expusiera alguna de sus teorías, nos deleitó con una de sus reflexiones, que comenzó así:

—Está bien. Os hablaré de ciertas ideas que procuro transmitir a mis alumnos a ver si captan alguno de los beneficios que aporta el saber. De sobra es conocido que la ignorancia crea individuos moldeables y la sabiduría da poder, que en muchos casos revierte en codicia. El conocimiento bien empleado engrandece al hombre, lo magnifica, de ahí la importancia de los grandes investigadores que han pasado a la historia. Un exceso de autoestima, de ego, acaba por destruir al ser humano; pierde la noción de la realidad y lo convierte en un ser superficial, que cree estar en posesión de la verdad y basa su bienestar en acumular riquezas, para llegar a la cima envuelto en una falsa gloria. Cae en el error de los jóvenes, en creerse inmortal. Cree que si traspasa las barreras de lo cotidiano llegará al podio, sin mirar a cuántos dejó en el camino, pero en ese podio no hay medallas de oro ni de plata, sino que comprueba, tarde o temprano, que la caída al abismo ya estaba anunciada aún antes de nacer y es cuando se da cuenta

del significado de la palabra efímero. Una vez más se da de bruces contra su soledad. Dicen que solo el que ama y sabe compartir encuentra consuelo en este arduo camino no se sabe bien adónde. Hemos llegado a un punto en el que pensar nos da miedo y ese miedo se apodera de nosotros y nos conduce al consumismo más atroz.

Ese día, al menos, nos hizo pensar a todos con sus elucubraciones. Y yo que creía que ya no quedaban filósofos, que eran una especie en extinción.

Otro de los invitados agregó:

—No me hables de compartir. Yo compartí mi novela con mi supuesto mejor amigo y se convirtió en mi mayor enemigo. Cometí el error de no registrarla con anterioridad y por más que recurrí a la justicia no hubo forma de demostrar que era yo quien la había escrito y no él. No se le ocurrió otra cosa que editarla con su nombre, sin decirme lo más mínimo, hasta que yo la descubrí, por casualidad, en el escaparate de una librería. Ya os podéis imaginar lo atónito que me quedé.

Lo que siempre echaré de menos son las reuniones en el apartamento de Dana y Gustav, con aquellos invitados tan insignes. Fueron tan enriquecedoras para mí...

Con esta reunión inauguramos la Navidad. A mí nunca me gustaron estas fechas, pero desde el nacimiento de mis hijos las disfrutaba al máximo. Adquirí una nueva forma de vivirlas, que yo nunca había conocido, ni siquiera cuando niña. Sí me gustaban las películas que siempre ponían por esas fiestas en las que Santa Claus era el protagonista. Entonces, me llamaba la atención las amplias avenidas, con su manto de nieve y con sus edificios fastuosos y aquellos magníficos adornos navideños. Parecía como si Santa Claus me transportara con su trineo durante el tiempo que durase la película a aquel lugar tan idílico y hermoso, donde siempre había un final feliz. Y las paradojas de la vida: ahora me encontraba en el mismo escenario y en la cara de mis hijos vislumbraba la grandeza del momento. Las saboreé todo lo que pude.

El año lo despedimos frente al Rockefeller Center, junto a un impresionante árbol de Navidad que no escatimaba en luces. Fuimos con algunos compañeros de trabajo, que tampoco tenían a sus familias cerca y, ahí debo reconocer que, al menos, mi marido estuvo cordial. Año Nuevo, en cambio, fue un día gélido en todos los aspectos. La magia de los días anteriores se disipó pronto.

Recuerdo que a la mañana siguiente, cuando llegaba a su fin la jornada de trabajo, apareció Richard con aire grácil, portando algo en la mano, y añadió:

—Mira lo que tengo.

—Parecen dos entradas.

—Son dos entradas para el Metropolitan. Esta noche te recojo y vamos a ver la ópera de Nabucodonosor.

—Pero, Richard, ¿qué estás diciendo?

—No pretenderás que tire una.

—No, claro que no. Aunque sabes que no puedo.

—Y ¿por qué no?

—Pues... porque no está bien.

—¿El qué no está bien? ¿Me vas a decir que la ópera de Nabucodonosor no te gusta?

—¡Oh, vamos Richard! Sabes que me encantaría, pero...

—Pero ¿qué? Estamos en el siglo XXI. Solo te estoy pidiendo que me acompañes. Prometo no darte ni los dos besos de cortesía al despedirnos. Si es eso. Le daré a usted la mano, señorita.

—Pero ¿y mi marido?

—¡Ah! Es eso. Quieres que nos acompañe tu marido.

—¡Nooo! ¡Claro que no! Bueno, quería decir...

– Cris, a veces, eres como una niña y yo podría ser tu padre. Bueno, entonces te recojo a las siete y media y prometo dejarte en tu casa a las doce.

Salió y no me dio tiempo a contestarle.

Conocía a Richard. Sabía que, aunque tenía fama de Donjuán, podía ser todo un caballero, un caballero de los que ya no quedan. Y a mí me atraía como un imán.

A veces, cuando estábamos trabajando, me sorprendía a mí misma embelesada, sin parar de observarlo de pies a cabeza. Sus manos, sus uñas bien cuidadas, sus brazos musculosos, sus fuertes piernas, que yo imaginaba a través del pantalón... Sus zapatos impecables. Sus ojos de un verde bosque donde perderse.

No se me escapaba el más mínimo detalle. Todo ello le confería una elegancia especial, sin entrar en los aspectos de su personalidad, su gran educación y saber estar.

Deseaba fervientemente acompañarlo, pero pudo más mi razón o, quizá, mi sinrazón. Lo cierto es que cogí el teléfono y le dije que no iría.

Richard lo aceptó sin más.

A la mañana siguiente apareció por el despacho una Graciela exultante. Y me dijo al oído:

–No te puedes imaginar lo fabuloso que es Richard.

Me quedé atónita. Mi corazón estalló en mil pedazos, difícilmente ya de recomponer. Me odié a mí misma cuantas veces pude, sin llegar a derramar ni una sola lágrima.

Aquel día no fui capaz de enfrentarme con la mirada de Richard. Pero conseguí olvidarme por completo cuando apareció por la puerta una señora de mediana edad, toda vestida de negro. Representaba el más desolador de los inviernos. Solo resaltaba su pelo blanco sobre aquel negro intenso. Unas facciones con grandes surcos, un cuerpo enjuto embutido en aquellas tupidas medias, color azabache...

Parecía, como suele decirse, una muerta en vida. Ella sí que me hizo llorar.

Hablaba con una entereza sobrehumana, como solo puede hacerlo aquel que sabe que ya nada ni nadie podrán perturbarle.

Permaneció escasos minutos, pero fueron los suficientes para que perdure por siempre en mi memoria. Venía para que Richard le recetase unos ansiolíticos que la ayudasen a soportar el dolor del alma, que es mucho peor que el físico, pues este se puede paliar pero el del alma no. Había perdido a un hijo, en la flor de la vida, en un accidente de moto, y el que le quedaba con vida estaba parapléjico, tras arrojarle de un sexto piso, por no soportar la pérdida del hermano. Ella vivía por y para él. Y decía que el día en que aquel hijo le faltase ella también se iría con él. Lo traía en una silla de ruedas y, aunque se apreciaba que los cuidados recibidos no podían ser mejores, la inexpresividad de su rostro era apabullante.

Durante el tiempo que duró mi estancia en Nueva York y, por mi profesión, tuve ocasión de conocer otros muchos pacientes que a raíz de un proceso sumamente doloroso habían desencadenado diferentes patologías psiquiátricas. Había de todas las edades y condiciones. Existían otros casos en los que no sabíamos cuál podría haber sido el detonante, pero con todos sentía una gran empatía. Era complicado que mi sensibilidad no se viese afectada, para lo cual tuve que realizar varios cursos sobre el control de las emociones. Richard me repetía una y otra vez que tan sólo había conocido esa sensibilidad extrema en su amigo Gustav y, ahora, en mí.

Hubo un caso que me llamó especialmente la atención, ya que se trataba de un compañero de trabajo que se incorporó pocos días después que yo. En un principio se veía desvalido, con una gran necesidad de aceptación por parte de los demás, lo que le daba una apariencia de inseguridad y fragilidad, que se volvía en su contra. Me transmitía muchos sentimientos a la vez. Solía llegar abatido, sin causa aparente. Sin

embargo, en otras ocasiones podía ser realmente brillante. En los momentos de euforia te explicaba mil proyectos, todos muy bien fundamentados, pero en otras ocasiones denotaba una segunda personalidad llena de miserias. No actuaba según la norma establecida, aunque eso no lo hacía descortés. A veces, se sentía el centro del universo. Me llamó la atención que miraba mucho por la ventana, hecho que me hubiese pasado desapercibido si no fuese porque se le cambiaba el semblante cada vez que lo hacía. Un día llegó a decir que el mundo conspiraba en contra de él y que se sentía vigilado, pero era él quien examinaba cada paso que uno daba. Me sentía intimidada a su lado. Comenzó a agasajarme con toda clase de detalles. Llegó a obsesionarse con conseguir mi aprobación. Decía que yo sabía escuchar. Me llamaba a horas intempestivas y llegué a sentirme acosada, a sentir miedo. Muchas veces simplemente me miraba sin decir nada. Yo no sabía realmente lo que pretendía. Se trasladó a vivir cerca de mi edificio porque decía que le gustaba la zona, que era muy limpia, porque otro rasgo que lo definía era su obsesión por el orden y la limpieza. Fueron unos días bastante angustiosos para mí, en los que me despertaba con ansiedad y no podía conciliar el sueño. Tenía celos de Richard, aunque reconocía que solo buscaba en mí una amistad.

Aquella pesadilla no duró mucho, ya que al poco lo arrestaron por estar envuelto en un acoso cibernético un tanto turbio. Y posteriormente, nos enteramos de que había requerido tratamiento psiquiátrico. Por desgracia, estas cosas no siempre acaban bien.

También estaba ingresado por entonces un chico, de unos veinticuatro o veinticinco años, que había estado en la guerra de Afganistán. Se pasaba el día como un animal asustado en busca de un lugar donde guarecerse. En su cara tenía incrustada la impotencia de no ser más que unos muñecos de papel, sin nombre y sin vida, a merced de unos locos con ansias de poder que instigaban a la violencia.

Recuerdo que, por aquellos días, la policía nos trajo un indigente que habían cogido por exhibicionista. Le habían hecho varias preguntas y a todas había respondido con gran incongruencia. No llevaba documentación.

—¿Nombre?

—El que a vos guste.

—Estado civil ¿soltero o casado?

—Derrotado.

—Dirección.

—Perdido y no hallado.

Según pudimos constatar, tenía un amplio vocabulario y un gran nivel cultural. Quienes lo conocían decían que era inofensivo y así nos lo dijo su hermana, una señora de clase social alta que andaba buscándolo varios días. Por ella pudimos saber que Andrés, el susodicho, había sido premio fin de carrera de su promoción en Marketing y Dirección de Empresas y había montado la suya propia. Hablaba cinco idiomas. Había estado casado pero su mujer lo dejó por un compañero de trabajo. Desde entonces, él sufría de trastornos maniaco-depresivos y desaparecía varios días con lo puesto, sin preocuparse en absoluto por su aspecto. Había sido un niño bien, con incontables novietas, pero no superó que lo dejase su mujer. Había vivido al límite.

Cuando uno es joven, parece estar por encima del bien y del mal. Una de las cosas sublimes de la juventud es que uno se cree inmortal, imperecedero; no sabe lo que es el miedo; no ve el peligro. De ahí que muchos vivan al límite. Y eso en muchas ocasiones pasa factura.

Factura iba pasando el paso de los días sobre mi matrimonio. Mi marido y yo apenas nos veíamos. Cuando llegaba a casa, estaba siempre cansado y malhumorado. Es cierto que le dedicaba muchas horas a su trabajo, pero yo empecé a tener la sombra

de la duda sobre si habría algo más. Las discusiones eran constantes y nunca quería hablar, tratar de suavizar la convivencia. Yo me sentía infravalorada, pero así pasaba el tiempo de manera inexorable. Vivíamos bajo el mismo techo, pero la comunicación era ya inexistente. De hecho, me enteré de los avances, en materia de investigación sobre las células madre, por la prensa. Su intención consistía en crear bancos de órganos a partir de una célula madre, lo que supondría una auténtica revolución en los trasplantes, al poder sustituir cualquier órgano dañado por uno obtenido en perfectas condiciones. Además, podrían realizarse también autotrasplantes, a partir de un órgano clonado, con lo que se evitaba así el rechazo.

Tan pronto lo leí, lo llamé al trabajo para felicitarlo. Me respondió de una manera muy fría y cortante, por lo que colgué el auricular con un nudo en la garganta.

Mis amigas me recomendaban que le preparase una escapadita sin niños, pero ni él ni yo veíamos el momento de hacerlo. No obstante, reservé habitación en un hotelito de Whistler Blackcomb y así podríamos esquiar y recordar los días en que fuimos felices simplemente con mirarnos. No me apetecía nada ir pero me convencí a mí misma de que debía hacer algo para que aquello funcionase. No sirvió de nada. Tuve que anular la reserva. Mi marido, cuando se enteró me dijo que si me había vuelto loca, que era el peor momento, dados los avances que estaban llevando a cabo, para irse ni un solo día.

Una vez más me derrumbé. La caída fue colosal. Y pensar que mis amigas en España me envidiaban. Decían que mi familia y yo representábamos todo lo que ellas no hubiesen conseguido ni en sueños. Que yo era una privilegiada y que no tenía derecho a quejarme de nada.

Llegué incluso a creermela una mala madre.

A pesar de todo, seguía con mi farsa. No por no perder mi status, como pensaban algunos, sino porque suponía una de las pocas cosas que siempre había tenido muy claro: yo no quería pasar por una separación y todo lo que ello conlleva.

Como ya dije anteriormente, mi marido lo sabía y para él era muy cómodo seguir como estábamos.

Llegados a ese punto, me decía Graciela, una de las personas más hedonistas que he conocido:

–Chica, pues entonces, vive tu vida. Echa una “canita al aire” y verás qué bien te lo pasas.

–Eso no va conmigo. Soy incapaz.

–Te aseguro que no es tan difícil. Lo difícil es lo que haces tú. Deja de recrearte en tu victimismo. Tus hijos tampoco van a agradecértelo.

–Lo siento, no insistas.

–Boberías. Si salieses con alguien como Richard no dirías esas sandeces.

Y entonces, lo que conseguía era que me derrumbase aún más.

Él seguía siendo muy galante conmigo, pero advertí que lo era con todas las del departamento.

En múltiples ocasiones experimentaba un sentimiento de desarraigo desgarrador, extremadamente difícil de soportar.

A veces me preguntaba qué le diría si se me insinuase alguna vez y, lo deseaba con todas mis fuerzas, las pocas que me quedaban, pues me sentía enormemente cansada.

No obstante, cuando estaba a su lado me hacía revivir, para luego volver a caer al precipicio. Alimentaba mis días con falsas esperanzas. Me asaltaban dudas sobre

cómo habría sido mi vida si en lugar de tomar una determinada decisión hubiese decidido otra.

Me hallaba ensimismada en mis pensamientos cuando el sonido del móvil me sacó de ese letargo. Era Gustav. Me invitaba a su apartamento. De nuevo nos reuniríamos todos. Quería celebrar que su amigo Luis Miguel Ariza se encontraba en Nueva York y no podía marcharse si hacerles una visita a Dana y a él. De su mano, se adentra más en la cultura granadina. Ambos propagan el duende de Granada por doquier.

—Esta vez no podía fallar —me dijo Gustav.

Ya había faltado numerosas veces y esta vez no tenía excusa. Estaba tan obnubilada que le dije que sí. No podía seguir encerrándome en mí misma. Y la verdad es que me alegré mucho de acudir de nuevo, aunque tuviese que soportar cómo Graciela se pasaba toda la velada insinuándose a Richard de manera descarada, sin el más mínimo decoro. Y aunque contribuyese a aumentar su ego, él seguía dando muestras de su saber estar.

Graciela contó que desde su más tierna juventud se sentía atraída por los hombres que le doblaban la edad y aun la rebasaban. Salió con algunos chicos jóvenes pero no le aportaban nada.

A mí, personalmente, me gustaba escuchar a las personas mayores y aprender de sus vidas, de sus errores, para así no tener que cometerlos yo. No quería hacer nada de lo que el día de mañana tuviera que arrepentirme. Y así lo expuse. A lo que contestó Richard:

—Eso es imposible. Siempre hay algo de lo que arrepentirse. En esta vida hay que arriesgar y unas veces ganar y otras perder. Si al final todo da igual... Pero todo lo que

uno haga tiene que ser con el máximo respeto y rigor. Yo respetaré a mi mujer hasta la muerte. Ella me dio todo.

Yo un día quise ir a visitarla a la residencia donde se encontraba. Tenía necesidad de saber cómo era. La encontré en un momento lúcido, en el que pude comprobar su profundo amor por su marido. Me enseñó una foto que guardaba de él con la siguiente dedicatoria: “Cuando esta foto hable dejaré de quererte”.

Me contó cómo se escaparon con dieciocho años porque la familia de él, en un principio, no la aceptaban, pero como equipaje llevaban una maleta cargada de ilusiones y de profundo amor.

La tristeza que desprendían sus ojos cuando yo llegué se transformó en júbilo tan pronto comenzó a hablar de él. Después, de repente, empezó a balbucear palabras ininteligibles y a repetir una y otra vez:

–Sé que mi suegra está aquí. Me mira con mala cara y quiere que me vaya. ¡No puedo seguir aquí más tiempo! ¡Mírala está allí! Por favor...

En ese instante se puso muy agitada y tuvieron que venir a llevársela.

Yo me marché llorando y sin poder comprender por qué el Alzheimer tenía que cebarse así con ciertas personas.

Fui a visitarla en varias ocasiones más. Aquella mujer, de la que no quedaba ni la sombra de lo que debió haber sido, me transmitía muchos sentimientos contrapuestos. En primer lugar, sentía una gran ternura y un enorme deseo de protección, pero también una fuerte congoja, un nudo en la garganta, que me cortaba la respiración y me oprimía el pecho.

Más adelante pude comprobar que no era ella sino aquel lugar el que me hacía ver las miserias a las que puede llegar el ser humano cuando no es dueño de sus actos, de sus movimientos, debido a una de estas patologías neurológicas.

La residencia en sí parecía un hotel de cinco estrellas impoluto. Tenía todo tipo de lujos, e incluso, una enorme sala de rehabilitación, pero faltaba algo que era esencial; le faltaba vida, puesto que un amplio número de sus residentes no podían cubrir sus necesidades básicas elementales. ¡Qué duro era ver aquel deterioro físico y mental, causante de que estuviesen precisamente en aquel lugar, a la vez tan inhóspito!

En los días soleados, resplandecientes, en un intento más de dar vida a lo inerte, los sacaban al jardín rodeado de cipreses y de una gran araucaria. En los arriates, sembrados pensamientos y hortensias para dar colorido a un destino inevitable.

Al poco tiempo murió. Lo adiviné nada más ver la cara de Richard desencajada de dolor, una mañana en la consulta, a la que no faltó ni un solo día. Se echó a mis brazos y lloró amargamente, como solo puede hacerse cuando sabemos que no volveremos a ver nunca más a ese ser querido. Luego se secó las lágrimas y siguió con su cometido con la mayor dulzura que pueda demostrarse. Lo hacía por ella, según constató.

Al finalizar la jornada me dijo las siguientes palabras:

—¿Sabes que cuando alguien cercano a nosotros muere lloramos por nosotros mismos, por saber que no volveremos a disfrutar de su compañía? Es la sensación de pérdida lo que nos cuesta asimilar porque estoy convencido de que sufre más el que se queda que el que se va. Se teme más a las postrimerías de la muerte que a la muerte en sí. Es el sufrimiento, el dolor, la incertidumbre lo que nos produce el desasosiego. Por eso a las personas creyentes les es más fácil asimilar la pérdida porque su dolor no alcanza las dimensiones de quien no lo es, que queda en el más absoluto de los vacíos. Además, hay un dato sobrecogedor que llama mucho mi atención. Me pregunto por qué un altísimo porcentaje de los que están ante los pródromos de la muerte, cuando entran en estado de desorientación, nombran, fundamentalmente, a sus padres, como si

comenzasen a vislumbrar lo que hay en el más allá y quisieran establecer un nexo de unión. Aunque tengan hijos no son a ellos a quienes llaman. Eso es algo muy significativo que tener en cuenta.

CAPÍTULO IV

El año que permanecimos en Nueva York fue un año de encuentros, de fructíferos encuentros, que perduran por siempre en el recuerdo, pero también fue un año de pérdidas, de ausencias indelebles. A la pérdida de la mujer de Richard se sumó la de la hermana de Gustav, a temprana edad, si tenemos en cuenta la esperanza de vida actual.

Tuve la oportunidad de asistir a un recital poético a los cinco días del fatídico desenlace, en el que Dana, en un segundo plano, pero derrochando paz y fuerza interior, lo acompañaba como siempre lo ha hecho.

Gustav, todo vestido de negro, algo habitual en él, con su pelo y barba blanca y esa voz imponente, dejó a toda la sala boquiabierta al leer el soneto que un par de horas antes le había dedicado a su hermana, con el más profundo dolor, con el alma desgarrada que, como ya he dicho en otras ocasiones, solo un poeta puede manifestar.

Aquí transcribo el soneto que nos llegó al corazón, tras el cual, todos se le acercaron para darle su más sentido pésame y a la vez manifestarle la grandeza de sus palabras.

*Cuando cegó la sierpe tu mirada
y se negó la luz a darte paso,
se transformó mi vida en un ocaso
con aullidos de alma congelada.*

*Soy, desde que te fuiste, una hondonada
profunda, donde vivo el cruel fracaso
de mi tiempo, que cada día atraso
para verte de nuevo en tu morada.*

*Deseo de una fuerza reprimida
por el dolor de un hombre que hasta huela
la palabra rebelde o abatida.*

*Seguiré mi camino, con cautela,
abierto a la bondad bien acogida
por soles que se nutren de tu estela. (*)*

Posteriormente, Dana y él se marcharon a su apartamento, donde sobre todo él seguiría anclado a su pasado, sin parar de rememorar una y otra vez los días de su más tierna infancia junto a aquellos que ya habían partido, se supone, a mejor puerto, pero a los que él se aferraba como si solo ellos pudieran evitar su deriva. Así, sin parar de hurgar en la herida, derramaba lágrimas de sangre sobre el papel.

Dana, en su más recóndito silencio, aguardaba el nuevo resurgir del fénix, conocedora del sufrimiento etéreo.

En definitiva, las pérdidas y los encuentros son los que marcan nuestras vidas. Pero a Gustav cada vez le pesaban más las pérdidas sin dar cabida a nuevos encuentros. Así lo expresó en el siguiente soneto dedicado también a su hermana:

*Antes que despertara el nuevo día,
un silencio de muerte contenida
te arrancó de los brazos de la vida
para anclarte en su oculta lejanía.*

*A cada instante evoco la valía
de tu ser en un alma poseída
por la bondad abierta y dirigida
hacia la luz de la esperanza mía.*

*Tu recuerdo palpita, amada hermana,
en la raíz profunda de mi mente,
mientras vivo los sueños de las flores.*

*Y mi vida, por ti, corre y se afana
en llevarte con ella, alegremente,
sobre este orbe de abrazos y amargores. (*)*

(*) Ambos poemas pertenecen al escritor Carlos Benítez Villodres.

CAPÍTULO V

Así, con el devenir de los días, se acercaban nuestras vacaciones de verano.

Antes de partir hicimos una visita obligada a la tienda que “Apple” tiene en la 5ª Avenida, a la entrada de Central Park, a la que se accede a través de un gran cubo de cristal y que tiene la particularidad de que está abierta los trescientos sesenta y cinco días del año. Mis hijos ya pertenecían a la generación de las nuevas tecnologías y me superaban con creces. En sus caras se apreciaba mayor admiración que si hubiesen entrado en una gran tienda de juguetes.

Al día siguiente, volvíamos a nuestra ansiada Málaga, pero intuía que una parte de mí, de mi esencia, se quedaba en Nueva York.

Me despedí de Richard como si fuese a estar años sin verlo, con el desasosiego que produce el no saber si volverás a coincidir con esa persona que tanto significa para ti, aun a sabiendas de que esta vez la separación solo duraría un largo y eterno mes.

Ocurrió de manera imprevista. Yo quería marcharme sin más pues nunca me gustaron las despedidas. Me ponían melancólica y de mal humor, así que siempre las evitaba. Pero el día anterior a nuestra partida, me lo encontré de manera fortuita mientras patinaba junto a mis hijos por Central Park. Necesitaba embriagarme de naturaleza, empaparme de la luz del sol y huir de mí misma, de mi realidad. Quería pasar página al libro de mi vida, concienciarme de que todo era pura fantasía y olvidar, olvidar todos aquellos sentimientos, o pasiones, que de una manera u otra pudieran hacerme daño. Pero allí aparecía él de improviso, a la vez que se levantaba un viento

huracanado que volvía a abrir el libro de mi vida, de nuevo, por la misma página, sin darme la más mínima opción de borrar ni una sola letra.

Él solía ir allí a hacer footing, según me dijo.

De esta forma, el día adquirió fuerza y sustancialidad al compartir juegos y confidencias como si de una familia bien avenida se tratase. Mis hijos disfrutaron como hacía tiempo no lo hacían, con sus bromas y mimos, y yo de verlos a ellos.

Pero, cuando llegó la hora de marcharnos, la tensión se apoderó de mí y apenas pude balbucear dos o tres palabras. Richard lo advirtió, lo que contribuyó a incrementar mi nerviosismo. Creo que fue a partir de esta primera separación y por mi obstinación en mantener una unión familiar que era inexistente, por lo que me acostumbré a soñar, a distorsionar la realidad. Me gustaba imaginar una vida en común junto a Richard. Por supuesto, nunca se lo dije, ya que no había cabida para ello. Desde mi punto de vista había llegado a mi vida demasiado tarde, pero sirvió para darle aires renovados y una brisa que a veces convertía yo en tempestades al rebelarme y desatar mi furia por no poder controlar cada instante. Ese era mi mayor problema, quería controlarlo todo al más mínimo detalle y me hacía añicos al comprobar que era imposible y que se me escapaba de las manos. Todo aquello que comenzaba a adquirir significado, que tenía indicios de convertirse en auténtico, lo acababa perdiendo porque el miedo a dejarme llevar me superaba, me extralimitaba. Prefería permanecer expectante y no actuar.

En ese viaje hacia nuestras raíces tuve una primera toma de contacto con la casa que heredé de mis abuelos y que tenía en mente restaurar para así poder llenar mis días de soledad. Nada más entrar en la habitación destinada a mis padres, vi que, en el mismo lugar de siempre, permanecía un cuadro heredado de nuestros antepasados, que de niña yo no lograba entender, pero que tenía su propia historia, no sólo por lo que representaba sino por lo que contaba mi padre con el vello erizado.

Cada cual puede pensar lo que quiera pero, cuando uno conoce la trayectoria de la persona que lo cuenta y cómo lo expresa, la veracidad de lo acontecido no constituye la menor duda, sino que adquiere tintes de realidad con mayúsculas y te deja un sabor extraño y desconocido al paladar.

Se trataba de una pintura sobre un fondo totalmente negro; en el centro estaba representada la figura de Dios Padre con una gran melena y barba blancas. A un lado, un ojo de grandes dimensiones, el ojo que todo lo ve, y a otro lado, una balanza que intentaba mantener el equilibrio entre el bien y el mal. Era un cuadro que no pasaba desapercibido a quien lo veía, no sólo por lo que representaba sino por la antigüedad del mismo. Pero lo asombroso era lo que relataba mi padre, que nos dejaba estupefactos al escucharlo: hacía ya bastantes años, cuando se mudaron de aquella casa a otra más nueva, él quiso trasladar el cuadro y lo metió, junto a otros enseres, en el coche. Iba él solo, ni siquiera mi madre lo acompañaba, y sintió mientras conducía como si algo muy fuerte le impactase sobre el techo. Tan fuerte, que lo sobresaltó y le hizo parar en plena autovía para ver qué había ocurrido. Nada. Aquel golpe tendría que haberle bollado el techo, pero nada. Todo igual. Así que prosiguió el viaje pero, para su asombro, a pocos kilómetros volvió a ocurrir exactamente igual, un gran golpe fuerte y seco sobre el coche. Paró de nuevo. Revisó por todas partes y su mirada se centró en el cuadro, en ese ojo que todo lo ve. En el siguiente cambio de sentido dio la vuelta y regresó al punto de partida. Colocó el cuadro en el sitio exacto donde estaba. Allí permanecía desde entonces. Aquel incidente no volvió a ocurrir. Se quedó en una anécdota extraña e impresionante.

Estuve bastante entretenida aquellos días, pero esa soledad seguía siendo mi compañera. Y, aunque mi marido también disponía de tiempo libre, lo empleaba en nimiedades que lo mantuviesen apartado de nuestros hijos y de mí. En el fondo se lo

agradecí. Los niños parecían ajenos a la situación, pero yo sabía que lo palpaban en el ambiente, que eso haría mella en ellos como lo hizo en mí. Y una vez más no podía evitarlo.

Recuerdo, como si fuese ayer, una tarde de aquel tórrido verano, al ver a mi hijo pequeño correr hacia mí con gran alegría, por haber encontrado una caja con la que poder jugar. Hizo que aquellas ideas tan arraigadas en mí se tambaleasen y me hicieran dudar de si yo estaba en realidad en lo cierto. Ojalá me equivocase, porque lo que para unos puede ser causa de tristeza para otros puede serlo de gozo.

Lo cierto es que él, ajeno a las vicisitudes reinantes, se acercaba con el alborozo pueril como si hubiese hallado un gran tesoro.

—¡Mamá, mamá!; Mira aquí! ¿Por qué tienes tantos libros aquí escondidos? Son todos iguales.

—Cariño, no están escondidos. Son de mi bisabuela, ella los escribió.

Pasan de generación en generación. Algún día serán tuyos. Aún eres demasiado pequeño para entenderlos.

—Dámelos, mamá. Quiero jugar. Haré un castillo de libros.

—No, hijo, aún no. En ellos, la “bisa” contó parte de su vida, aunque también se jactaba de haberse guardado algunos secretillos, que toda persona tiene o debe tener, según decía ella. Ahora sé feliz, ten siempre alegría. Lucha por tus ideales, pero eso sí, sin hacer nunca daño a nadie, que yo ya pediré para que a ti tampoco te lo hagan.

Yo había heredado de mi abuela aquella afición por la lectura, desde que a edad temprana, cuando ya los juegos habían pasado a un segundo plano, curioseando, una larga tarde de bochornoso calor, entre la cantidad ingente de libros de la biblioteca de mi padre, descubrí lo que sería mi gran afición para toda la vida: leer. Cuanto más leía más quería hacerlo. Me sentaba en su gran butacón, en aquellos días de ausencias, y no

paraba hasta encontrar el libro que más me atrajese. Había de todos los temas. Así pasaba muchas horas. Para mí suponía una forma muy bonita de fantasear, de viajar en el tiempo y a muchísimos lugares. Aprendí a despejar la mente de la cotidianidad, de todo aquello que no me gustaba.

Con el tiempo me aficioné a escribir. Plasmaba en el papel todo cuanto llamaba mi atención. Aquello me relajaba, podría decirse que me servía de terapia. Me hacía soñar. Eran sueños que sabía que, como tantos otros, no se cumplirían, pero que me ayudaban a vivir. Y así pasaban los días, sin ningún tipo de benevolencia.

Aquel mes pasó sin más. Por las tardes, cuando ya el sol declinaba, daba largos paseos a la orilla del mar, unas veces sola y otras veces acompañada de una amiga. Aprovechábamos para hablar de temas sin trascendencia. Observaba cómo las parejas de enamorados disfrutaban de las noches estivales. Tuve tiempo de pensar mucho, pero cuanto más lo hacía más perdida me encontraba. Lo que pesa y merma nuestras fuerzas es el sufrimiento, que se aferra a nuestros tobillos como si de cadenas se tratase, y no nos permite avanzar. Nuestros fantasmas salen una y otra vez arrastrando las cadenas cada vez más pesadas.

Al final ya nada queda, ni lo más efímero ni superfluo. Al menos, en esta vida que todos conocemos.

Tenía instantes de ofuscación tras una de esas discusiones acaloradas con mi marido, en las que me aniquilaba psicológicamente, para quedarme luego sin fuerzas.

Otras veces siento rabia contenida y es en esos momentos cuando cojo el coche y sola al volante piso fuerte el acelerador. Me siento más dueña de mi vida, más viva, sabiendo que un pequeño error puede acabar con todo para siempre. Y esa sensación, a la vez de dominio, me es ampliamente gratificante.

A pesar de todo, en medio de tanta turbulencia, había ciertos días en los que la nave de mi existencia parecía no ir a la deriva y vislumbrar un halo de luz, aunque luego pronto se desvaneciese. Fue así como me sorprendió mi marido, en un intento de sacar a flote nuestra deteriorada relación; apareció con la reserva en el Balneario de agua salada de Alange, para pasar el último fin de semana de vacaciones junto a nuestros hijos y, aunque, como ya he dicho, la relación era bastante fría, hicimos un amago por mejorarla. Nos dieron una habitación con unas vistas inmejorables. Aunque los niños eran pequeños, el lugar les impactó como en su día me ocurriese a mí.

El día de nuestra llegada, al atardecer, visitamos el castillo medieval situado en el Cerro. Mi hijo se quedaba embelesado con cada rincón. Había que insistirle en continuar la visita y él contestaba muy serio:

—Un momento, que estoy memorizando esta maravilla para luego poder dibujar. Porque una cosa tengo que decir: pinta como los ángeles si es que los ángeles pintan.

Mi hija, en cambio, absorbía todo con más rapidez, y yo disfrutaba solo con mirarlos. Además, no paraban de hacer preguntas. Tanto uno como otro sentían gran curiosidad por todo lo que veían.

Para terminar la aventura disfrutamos de un largo paseo, rodeados de majuelos, lirios, madroños y acebuches: paisaje inigualable que despertaba los sentidos más adormecidos.

Por unos instantes, nuestros corazones albergaron la dicha perdida, para luego volver a la innegable realidad.

CAPÍTULO VI

Tras las vacaciones estaba impaciente por reencontrarme con Richard. No habíamos mantenido ningún tipo de contacto, ni telefónico ni vía email. No sabía qué había hecho él en su tiempo libre y eso me inquietaba.

Me recibió muy efusivo, parecía alegrarse de verme, pero me contestó con evasivas cuando le pregunté a qué había dedicado su tiempo.

-Mucho trabajo, mi niña, mucho trabajo. Empezaba a echar de menos tu ayuda.

Graciela pareció estar oyendo tras la puerta, pues entró y dijo tajante:

-Acaso no te fue suficiente con la mía. Parecía que sí. Me atrevería a decir que eres un gran embaucador.

Richard se limitó a soltar una gran carcajada. Disfrutaba del momento.

Mi momento, en cambio, ese momento que tanto había ansiado, me lo hizo trizas con su intromisión.

Muchas veces me he preguntado qué habría sido de mi vida si ella no hubiese aparecido. Era avispada e ingeniosa y Richard disfrutaba mucho de ello. Él estaba acostumbrado a tratar con chicas así. A mí me faltaba esa chispa, esa espontaneidad.

Recuerdo una conversación que tuve con ella una mañana que Richard llegó un poco más tarde al trabajo y con la que pretendía darme lecciones. Según ella decía, para ayudarme a disfrutar de la vida.

-Cris, es que resultas un poco sosita. Hay que echarle un poco de picardía al asunto. Cuando te atraiga un hombre, tienes que mirarle directamente a los ojos y

decirle: “Me encantaría tener una aventura contigo”. No falla. Es lo que le dije a Richard. Los hombres se dejan querer. Tienes mucho que aprender. El arte de la seducción es muy amplio y cuanto más conoces más te atrae.

—Y dime una cosa: ¿Qué mérito tiene llevarte a un hombre a la cama así? De esa forma termina una convirtiéndose en un trofeo sin más, carente totalmente de valor.

—Las relaciones hay que disfrutarlas mientras duran. Para qué alargarlas. Lo bonito son los comienzos. El tiempo todo lo deteriora.

—Para mí, una relación así no tiene valor. Necesito sentirme querida. Y de esa forma no me sentiría.

—Acaso ahora te sientes querida.

—Sabes que eso es un golpe bajo.

—Será todo lo bajo que tú quieras, pero es tu realidad. Ya te lo dije. Ni siquiera tus hijos te lo agradecerán. La derrota es muy amarga, pero una derrota mantenida aún más. Valórate, quíete. Es el único camino. Aférrate a la vida, no huyas de ella.

—Y si te dijera que hay un hombre por el que quizá cambiase todo, pero que alguien se interpone en mi camino.

—Solo te interpones tú. Lucha por él.

—No quiero que esto se convierta en una jauría.

Me prometí a mí misma que nunca entablaría una lucha por conseguir a un hombre, ni siquiera subrepticamente. Quizás, esté chapada a la antigua, pero me gusta que sea él el que me seduzca, el que dé el primer paso, que muestre un interés que a la vez vaya despertando el mío.

—Eso es lo que ellos creen, pero una tiene que dar el primer paso. Ellos son muy cómodos.

–Cómodos porque se han acostumbrado a que seamos nosotras las que nos lancemos.

–Hay que apostar, arriesgarse y, si te caes, te levantas. Otro aparecerá.

–No sigas. No me vas a convencer.

–O no te acuerdas de aquella película tan fantástica de Paul Newman, titulada “El premio” cuando dice: “¿Para qué conformarse con un solo plato cuando hay tantos en la carta?”. En la variedad está el gusto.

Una vez más agradecí que apareciese Richard.

Se había puesto el pijama blanco, que resaltaba su piel morena. Sus canas hacían juego con la vestimenta, e incluso con gafas adquiriría un aire intelectual que no hacía sino acrecentar su atractivo. Graciela se lo comía con los ojos, lo devoraba. Su mirada hacía presagiar cómo acabaría el día.

Él parecía ajeno, ensimismado en la historia que traía entre sus manos.

Me mortificaba imaginándomelos a los dos. ¡Cómo me hubiese gustado estar en la piel de ella y dejarme llevar, olvidándome de todo!

Tengo que reconocer que en gran medida la envidiaba, entre otras cosas porque tenía claro lo que quería y actuaba para conseguirlo. No había nada que la atase. Era libre.

Yo, probablemente, quería lo mismo, pero estaba paralizada, me dejaba llevar por el devenir de los acontecimientos. Me acordaba de las palabras que solía repetir nuestro amigo Gustav, al cual le gustaba nadar contracorriente. Yo, en cambio, seguía el camino hacia donde la corriente me llevase y, paradójicamente, siempre iba a la deriva. No me molestaba ni en avistar algún tronco al que sujetarme.

Absorta así en mis pensamientos estaba cuando la voz de Richard me despertó a la realidad. Teníamos un nuevo caso, un ingreso de esa misma noche. Ahora permanecía dormida, tras haberle suministrado benzodiazepinas en dosis altas.

Es curioso cómo en el trabajo todos nos transformábamos y nos abstraíamos de nuestros problemas cuando se trataba de atender a los pacientes. Incluso Graciela adquiría un semblante de seriedad inaudito en ella.

De repente ves llegar a alguien que se comporta como un animal salvaje en cautiverio. No tiene percepción de la realidad, o al menos eso denota. Y poco a poco, por mi profesión, voy descubriendo que tras esa persona hay un hecho traumático que la ha llevado a esa situación tan lamentable. Todo vestigio de racionalidad ha desaparecido en ella.

Yo los conozco cuando tienen un brote y son ingresados hasta que se estabilizan, a base de altas dosis de medicación. Los dejan como drogados, con la mente ida, el único estado con el que se han acostumbrado a soportar el dolor. Los ciudadanos de a pie los ven y ni siquiera reparan en ellos. A veces, cuando no están ingresados, vagan como mendigos, con ese dolor soporífero a cuestas, sin más compañía que una botella de vino, en la que ahogan sus penas. Así he conocido muchos casos y detrás de ellos siempre un sufrimiento atroz. Ese era el caso de Margot. Me viene a la memoria su aspecto escuálido bajo una larga melena descuidada y canosa, con unos ojos ausentes. La pulcritud hacía años que no anidaba en ese cuerpo. No hablaba con nadie. Sólo repetía ciertos movimientos mecánicos, a modo de tics; hubiera pasado desapercibida ante cualquiera si no hubiese sido por su aspecto. Poco a poco, la fui conociendo y fue despertando mi curiosidad. Durante el tiempo que permaneció allí no pronunció ninguna palabra. Bueno, sí, tan solo dijo “mi niño” el día que ingresaron a un joven corpulento, diagnosticado de esquizofrenia. Según nos enteramos por su hermano,

nunca superó la muerte de su único hijo, que había fallecido por un sarcoma a la edad de dieciséis años. Desde entonces se había dado a la bebida y vivía rodeada de gatos. Llegué a ver una foto de su juventud, pero era imposible reconocerla.

Me pasé horas y horas junto a ella intentando que expresara algo, que echara fuera todo lo que llevaba dentro, pero fue imposible. No hubo ningún avance. Ingresó en reiteradas ocasiones, pues no se tomaba el tratamiento y bebía sin parar. Llegó a desarrollar una cirrosis hepática.

Al menos, con los cursos que impartíamos para familiares, para ayudarles a afrontar situaciones límite, contribuíamos a que los parientes más allegados pudieran aliviar el sufrimiento, ya que era bastante agotador para aquel que se inmiscuía de lleno en el problema. Otros optaban por tirar la toalla y los abandonaban a su suerte; aquello los superaba. Todo dependía del grado de fortaleza que poseían.

Tras todos estos acontecimientos y tras mi llegada de las vacaciones me hallaba baja de moral, así que acepté la invitación de Richard para pasar un fin de semana en su yate, en la bahía de San Francisco. Sabía a lo que me exponía. Me apetecía hacer alguna locura en mi vida. La monotonía en la que me hallaba inmersa era subyugante. Y a pesar de su fama de Donjuán, accedí, algo insólito en mí, pero ya intuía que mi marido andaba flirteando con alguna.

Necesitaba subir mi autoestima a pasos agigantados, si no caería en una profunda depresión como antaño le ocurrió a mi madre.

Es muy duro, durísimo, formar una familia con todas tus ilusiones y que, con el paso del tiempo implacable, todo se destruya. No quedan ni las cenizas de lo que un día fuimos. El paso del tiempo y la desidia en la que uno puede caer son tremendamente mortíferos.

Así que, aunque dudé cien mil veces, me dije a mí misma que esta vez me apetecía salirme del camino recto que yo misma me había trazado, por no sé qué principios adquiridos durante mi niñez. Sabía que, por bien que transcurriese todo, luego me arrepentiría. Volví a rememorar tiempos pasados plagados de sueños e ilusiones. Decidí no pensar e irme de compras. Al menos me serviría para renovar el vestuario, incluida la ropa interior.

Me sorprendí a mí misma llamándome “loca”, esa palabra que tantas veces me repetía mi marido, pero esta vez era por una causa bien distinta, y no pronunciada por boca de alguien que se cree superior y perfecto.

¿Sería tan arcaica y puritana, como me decía habitualmente Graciela? Eso ya no se estilaba. Ella no sabía que todo lo acaecido durante mi infancia me había marcado profundamente. Si hubiese sido un chico en lugar de una chica, habría sido un misógino en toda regla.

Solo guardaba buenos recuerdos de los escasos días de verano en los que me iba al recóndito pueblo de mi madre del sur de España, invitada por unos tíos que habían emigrado a Barcelona y aprovechaban el estío para disfrutar de sus raíces. Allí, tras un largo año de espera, me reencontraba con mi prima y sus amigas y disfrutábamos de un ansiado descanso, en el que los juegos y las risas eran los protagonistas, sin ningún tipo de preocupación ni anhelo.

Me gusta pensar en aquellos días de calor, en los que su madre nos mandaba a comprar las tortas de aceite y los rosquitos de anís a la hora de la siesta, cuando el pueblo dormía ante el sofocante calor y nosotras éramos las únicas que nos atrevíamos a lidiar con él para luego disfrutar de una excelente merienda. Llegábamos al obrador recién abierto, con aquel olor tan exquisito, que perdurará por siempre sellado en mi memoria, aun cuando las fuerzas me flaqueen. O cuando, por las mañanas, recién

levantadas, y tras oír el aviso vespertino de los gallos, entre sueños, y el pisar lento y sereno de los caballos por los adoquines, íbamos con la lechera vacía a que nos la llenasen en casa de Consuelo, donde abastecían de leche, recién ordeñada, a todo el pueblo. Y luego, pasábamos a comprar aquellos maravillosos churros o tejerings, a los que veíamos cómo hacían con el aceite bien caliente de la almazara del pueblo.

Algunas tardes acudíamos a la piscina de una hermana de mi abuela donde chapoteábamos y aprendíamos a nadar. Todo salpicado de risas y juegos inocentes, sin reparar en el futuro que nos aguardaba. Aquellos días parecían eternos, igual que lo era el año que había que aguardar para volver a repetir todo aquello. Ahora, con el devenir de los años, la nostalgia se instala en mí.

Ya faltan muchos de los que estaban y los que quedan tienen la huella indeleble de los años. Desde entonces nunca me gustaron las despedidas. Ya comenzaba a nacer en mí la crudeza de la realidad.

Como iba diciendo, antes de hacer este inciso, por una vez quería darme una oportunidad para enfrentarme al que parecía mi destino. Así que un día precioso, como cualquiera de aquellos días del pasado, embarcamos. Estábamos en alta mar. Prometía ser inolvidable, y de hecho lo fue cuando Richard, tras servirme una copa de champán, me anunció que me tenía preparada una sorpresa. Mi imaginación voló durante instantes. Qué sorpresa me habría preparado. Me vendó los ojos. Por un momento pensé que tal vez fuese un fetichista, al que le gustasen los más inverosímiles juegos. ¿Traería el látigo y las esposas? Ya no tenía escapatoria. Nunca lo hubiese imaginado. Pero no. Me retiró la venda y allí estaba delante de mí la inseparable Graciela. Le había pedido a Richard que no me lo dijera, que guardara el secreto.

A veces pienso si los hombres son tan ingenuos o es que saben demasiado. Creo que nunca sabré la respuesta. Lo cierto es que allí estábamos los tres. Nunca lo hubiese

imaginado. Me quedé atónita. Ella tan maravillosa como siempre y argumentando que le había parecido fascinante ir los tres, que necesitaba una escapada y que, cuando Richard le dijo que pensaba invitarme, ella se había ofrecido para acompañarnos. Al fin y al cabo, si éramos un equipo formidable en el trabajo, también lo seríamos en alta mar.

Tuve que disimular todo lo que pude. Desde luego, inolvidable la sorpresita lo fue. Tuve que reír, bailar y, como habitualmente se dice, hacer de tripas corazón. Deseaba llegar a puerto exasperadamente. Esto no hacía más que acrecentar mi deseo de estar junto a él. Me sentí una auténtica estúpida por todo lo que yo había elucubrado.

Cuando volvimos acudí a Dana, que se convirtió en mi confidente. Sus hijos ya eran mayores y habían emprendido el vuelo. Pasábamos largas tardes conversando, mientras Gustav escribía encerrado en su despacho.

Me entregué por entero a mis hijos y disfrutaba de ellos todo lo que podía. Debiera haberme separado de mi marido, pues la unión familiar que tanto había anhelado era inexistente, por más que yo continuase obstinada en lo contrario. También me negaba a aceptar que hubiese algo entre Richard y Graciela. No obstante, lo que no quería ver me arrasó de lleno un día en el que me hallaba inmersa en esos devaneos mentales, cuando estaba preparando mi primera conferencia en inglés sobre “atención individualizada en la recepción de pacientes psicóticos”. Quería la experta opinión de Richard para abordar el tema, así que cogí el teléfono y marqué su número de casa, ya que el móvil solo lo llevaba cuando estaba de viaje y no siempre. Me contestó otra voz masculina. Era su hermano, que pasaba unos días junto a él. Jamás olvidaré sus palabras, convertidas en una de esas ráfagas que a veces asaltan a la memoria. Fue así cómo lo que me negaba a aceptar se convirtió en evidencia:

—No. Richard no está. ¿Eres Graciela, verdad? Llámalo un poco más tarde. Enseguida vuelve.

No pude contestar.

Su hermano, el que me había presentado días antes, acababa de lanzarme un dardo directo al corazón.

Richard jamás supo esto. Solo se enteraría si leyese estas páginas, lo cual es muy poco probable.

Y aunque Graciela y yo no coincidiésemos en nada, tengo que reconocer que su vida era mucho más interesante que la mía. A veces, actuaba con verdadero descaro e imprudencia. Mujeres como ella, que solo sabían pensar en sí mismas, habían destrozado el matrimonio de mis padres cuando yo era una niña. A mí me tocó permanecer temporadas con uno y con otro y, aunque no me faltó el amor de ellos, no pude tener una unión familiar, como tenían la mayoría de mis amigas en aquella época.

Echaba de menos, en las fiestas de Navidad, en los cumpleaños, no poder disfrutar de la compañía de ambos a la vez. Ni todos los regalos del mundo podían suplir la ausencia de uno u otro. Probablemente, me afectó más de lo habitual, pero eran otros tiempos. Además, a ello se unía que yo recibía las enseñanzas de un colegio religioso. No sé si fue por eso o no, pero me convertí en una mujer melancólica.

Richard se mostraba siempre atento y amable. Me atrevería a decir que sus preferencias por una u otra eran ambiguas.

En cierta ocasión, en un almuerzo de trabajo, de las pocas veces que ella no estaba, llegó a decirme:

—Me gustaría envejecer junto a ti. Cuando estemos en igualdad de condiciones ya veremos. Ahora no es el momento.

—¿Igualdad de condiciones? ¿Qué quieres que me quede viuda?

—No. Por supuesto que no. Quiero algo más difícil. Cuando seas libre.

—Entonces me separo y ya está.

—No, tampoco serías libre. Cuando pase el tiempo lo entenderás.

El dichoso tiempo, que juega con nosotros a su antojo.

Aquellas palabras rondaron muchas veces en mi cabeza.

Además, siempre parecía ocurrir algo que se interpusiese entre nosotros. En un principio, pensé que podría librarme de la constante amenaza de Graciela desde el día que comenzaron a llegar a la consulta ramos de flores, a cual más espectacular, y todos dirigidos a ella. Todos preguntaban quién sería el artífice de aquel magnífico detalle. En alguna ocasión me pregunté si no sería Richard, pero él estaba tan sorprendido y admirado como todos los que trabajábamos en el departamento. Unos días llegaban por mensajería urgente; otros, por envío ordinario. A veces, llegábamos y allí estaba ya el magnífico presente. Ocurrió que una mañana que yo llegué antes de lo habitual, pude descubrir la realidad. Me hallaba en la habitación contigua sin que ella se percatase de mi presencia. Vi cómo llegaba acompañada de un chico que portaba las flores y mantenían una breve conversación, a la que no podía dar crédito.

—¿Quiere usted que continúe trayendo flores todos los días?

—Sí. De momento seguiremos como te expliqué y no olvides poner la tarjeta con mi nombre tal y como te dije.

Entonces no me pude contener, salí y le espeté con toda mi furia:

—Así que eras tú. Pero ¿cómo has podido?

En un principio quiso negar la evidencia, pero luego no tuvo más remedio que reconocerlo.

—Sí. Fui yo, pero por favor, guárdame el secreto- me dijo suplicante, como nunca la había visto. Entonces me confesó que creía que así atraería más a Richard, si él pensaba que había otro interesado por ella.

Por un instante, parecía otra persona.

Le guardé el secreto. Si la delataba, quedaría yo aún peor. Yo carecía de ese toque de maldad o de sexto sentido que dicen que tienen las mujeres y le repetía una y otra vez:

—Pero ¿cómo has podido?

A lo que ella contestaba:

—Y tú ¿cómo puedes ser tan ingenua? Aunque es cierto que, a veces, es mejor pasar por tonta que por demasiado lista.

CAPÍTULO VII

Mientras tanto, el éxito de Gustav seguía imparable.

Crean un premio, al que ponen su nombre, para descubrir nuevos talentos.

Recibe varios premios internacionales. Participa en lecturas poéticas, foros literarios, tertulias sobre temas diversos. Lo nombran corresponsal de prensa de la Universidad de La Plata (Argentina). La Facultad de Letras Hispanoamericana lo invita con asiduidad a charlas culturales.

Es lo único que lo motiva. Se transforma en torrente de vida. Sólo Dana presencia sus caídas, su lucha interior.

“No hay peor batalla que la que se entabla consigo mismo”, diría Churchill.

Construía puentes donde no los había pero, a veces, esos puentes también se derruían.

Escribiría “*El agua sedienta*” recreándose en una frase de Gabriela de Cicco: “Me gusta crear puentes que sirvan para unir imposibles”. Él se rebela contra toda injusticia; es una lucha sin fin.

En cierta ocasión, su furia ante la impotencia de determinada iniquidad le hizo arrancarse todos los botones de la camisa que llevaba puesta con un solo gesto.

Le gusta rodearse de jóvenes que litiguen por un mundo mejor, donde las palabras “imposible” o “resignación” no tengan cabida; sembrar ilusiones.

Uno de sus alumnos, en una entrevista que le hacen en un periódico, reconoce que, si no hubiese sido por la influencia que ejerció Gustav sobre él cuando apenas

contaba nueve años, no hubiese llegado tan alto en sus investigaciones científicas, las cuales pueden revolucionar los avances en medicina, pues descubre cómo órganos vitales que están dañados en el pez cebra se pueden regenerar por completo.

La Universidad de Harvard le concede una beca, en principio por cinco años, para que prosiga con su hallazgo. Si eso fuese posible en humanos, sería como encontrar el elixir de la eterna juventud.

Al mismo tiempo, mi marido y sus compañeros siguen avanzando en el hospital “Monte Sinaí” con las innovaciones de las células madre. Descubren la célula resistente a la quimioterapia. Hay que bloquear la célula madre responsable de que el tumor avance y no se pueda frenar. Además de llegar a producir órganos en perfectas condiciones, idóneos para nuestra subsistencia.

Ya no emplean los embriones congelados que no se usan para la fecundación “in vitro”, con la consiguiente controversia que ello creó. Descubren un nuevo procedimiento de obtención. Aprovechan cuando fallece un donante de órganos y antes de implantarlo obtienen parte de la célula madre de ese órgano, para luego en el laboratorio poder obtener uno nuevo a partir de ahí. Es así como comienzan a curar la diabetes a partir del trasplante de páncreas. De esa forma muchas de las enfermedades crónicas podrían dejar de serlo.

Tanto Gustav como Richard y, en esta ocasión, mi marido acuden a un simposio sobre el tema. Su afán por aprender no tiene límites.

Uno de los asistentes a dicho acto preguntó:

—¿Podría llegar a saberse a través de los avances en la investigación con células madre quién está predispuesto genéticamente a padecer un cáncer y quién no? Y si fuese así ¿podría llegar a prevenirse?

A lo que mi marido respondió:

–Por supuesto que sí. Otra cosa es la dotación económica con la que habría que contar para poder llevar a cabo todas esas investigaciones.

La siguiente pregunta fue dirigida a Richard.

–Y en el amplio campo de las enfermedades mentales ¿también las células madre tienen un papel prioritario? –preguntó otro de los allí presentes.

–De sobra es sabido que en muchas de ellas hay un componente genético. Otras dependen de la capacidad de adaptación del individuo a las situaciones traumáticas o estresantes, a si el afrontamiento es efectivo o no. Desde luego, el estrés no nos beneficia en nada. Hace poco oí en las noticias que en ratas trasplantadas de corazón se había demostrado que la supervivencia era mayor en aquellas a las que se les había puesto música de Mozart. Otro estudio reveló que, si a las ratas se les inyectaban antidepresivos, su capacidad de resistencia ante una situación estresante era mayor frente a aquellas a las que no se les había inyectado nada. Se trata de un tema apasionante.

Hay quien nace con una personalidad arrolladora, pero debe tener estímulos positivos durante su niñez, fundamentalmente, que es cuando se va forjando la personalidad. Hay personas ciclotímicas, también, con fuertes cambios de ánimo sin causa aparente.

A pesar de que la sala estaba llena, el silencio era total. Sólo se oían a los ponentes y a los participantes. Uno de ellos añadió:

–Y con las células madre ¿podríamos aumentar el nivel de inteligencia, conseguir una inteligencia por encima de la media?

–Hay que partir de la base de que podremos lograrlo –dijo mi marido, al que yo ese día veía especialmente guapo.

Aquello se prolongó durante toda la mañana. Ni siquiera llegada la hora del almuerzo, parecía estar nadie hambriento.

El siguiente, un hombre joven, que no parecía haber acabado aún sus estudios añadió:

—Y ¿por qué a unos le asaltan pensamientos positivos y a otros negativos?

—Para eso lo único que hay que hacer es educar la mente —contestó Richard exultante. Todos buscamos la sociedad del bienestar, pero en muchas ocasiones nos hallamos inmersos en la del malestar. Hay muchas personas que se sienten solas, y eso les crea fuertes conflictos.

Richard comenzó una disertación sobre “Hombre y pensamiento” con la elocuencia que lo caracterizaba.

—El hombre siempre se ha caracterizado por el poder de raciocinio y la capacidad de pensar, pero en los últimos tiempos vemos cómo esa capacidad de raciocinio se está perdiendo a nivel de todas las esferas. Este ritmo frenético en el que nos hallamos inmersos está visto que no nos lleva a la felicidad. Mucho se ha hablado de la “sociedad del bienestar”, pero se está destruyendo a pasos agigantados. Hemos entrado en la “sociedad del miedo”.

El estrés y el afán de ser superior al otro, de querer acaparar a gran escala por el camino más corto, de avasallar sin medida, no lleva más que al deterioro de nuestras plenas facultades. Ninguno estamos libres de perder el control.

Hay que poner freno. Hay que volver a inculcar valores. Hay que poner castigos acordes con el daño causado. No se puede premiar a los opresores y machacar a los oprimidos. Hay que pensar las consecuencias de cada acto porque el daño una vez hecho ahí queda. En mi vasta experiencia he podido comprobar que el porcentaje de desequilibrios mentales va en asombroso aumento y no cabe otra explicación de que es

la consecuencia de la vida que llevamos. Hay ciertas circunstancias que día tras día acaban desequilibrando al más sensato. Nuestra mente no está preparada para asimilar todo tipo de iniquidades, y una vez que uno se sale del camino correcto volver al mismo es bastante inverosímil.

Está en boga hacer deporte porque libera endorfinas, aparta la mente de los problemas mientras se está concentrado en el ejercicio físico. Yo mismo necesito practicar deporte como motor de mi vida, pero eso no cura las heridas del alma que todos arrastramos.

Por otro lado, están los que ya nacen con el gen de la maldad, pero el tema que me ocupa no es ese sino el del mayor número de individuos que precisan de los tratamientos psiquiátricos, de la alta incidencia de trastornos mentales en el ser humano. La insatisfacción se ha apoderado de todo. Hemos llegado a un punto que por cualquier nimiedad se pierden los estribos. Nuestra misión es buscar soluciones para paliar los efectos adversos, recuperar la ansiada paz interior.

—Al menos, estudios sociológicos demuestran que en tiempos de crisis aumenta la solidaridad —lo interrumpió Gustav.

—Sí. Ese sería el lado positivo.

Ahí es a donde a Gustav le hubiese gustado llegar y así lo inculca a sus alumnos. Inteligencia no le faltaba. Recibió el premio extraordinario de fin de carrera, solo que no de Medicina como él hubiese querido. Se lamentaría siempre de no haber seguido ese camino, aunque en el de las letras sí consiguiese llegar a la cumbre que muy pocos alcanzan.

Como ya reflejé al principio, siempre anhelará en lo más hondo de su ser el no poder haber disfrutado de aquella beca, que le otorgaron por su brillantez, y que tuvo que dejar escapar porque en su casa le negaban la palabra si se iba.

No era egoísmo, era miedo a perder a un ser querido, a no saber de sus inquietudes, miedo a lo desconocido, miedo a perder lo que en su día llevó en sus entrañas y ya le habían arrebatado una vez, hecho que tan solo una madre puede entender y más si tenemos en cuenta que estamos hablando de la España de los años cincuenta.

CAPÍTULO VIII

Paralelamente a todos estos avances comenzaron esporádicamente a suceder cosas extrañas en la consulta de psiquiatría, acontecimientos que llenaban las horas y los días. En un principio no le dimos mayor importancia, atribuidos a un simple descuido.

—Cris, ¿has visto mi pluma Dupon? La llevo siempre conmigo y no sé dónde la he puesto.

—No, lo siento. No la he visto.

—Es que tiene un gran valor sentimental, ya que me la regaló mi esposa en nuestro primer aniversario de casados.

—¡Oh, pues cuánto lo siento! Pero seguro que aparece.

—Sí. Probablemente la haya dejado olvidada en casa.

Pero la cosa fue a mayores cuando desaparecieron historias clínicas. Eso es algo mucho más serio y no se debía a un simple descuido. Además la consulta siempre se había caracterizado por un perfecto orden. Las historias más recientes permanecían en inmensas cajoneras ordenadas alfabéticamente. Y, a su vez, según las patologías las carpetas eran de diferente color.

Cuando los pacientes eran dados de alta entonces pasaban al archivo general.

Constituía una falta bastante grave perder algún historial.

Otra cosa que también desapareció fue una máquina de escribir de la marca “Olivetti”, ya obsoleta en estos tiempos. Además, ¿quién podía querer una cuando ni siquiera existían ya cintas de tinta para ellas?

Pero lo de las historias era lo que verdaderamente nos tenía preocupados. Además se añadió el hecho de que algunas pinturas que habían hecho los pacientes como terapia aparecieron en la basura.

Investigamos si había alguna similitud o algún nexo de unión entre las historias desaparecidas. No conseguíamos averiguarlo. No existía ninguna conexión.

En ellas teníamos todo: antecedentes, terapia que seguir, control, cambios significativos, evolución. Años de ardua tarea, que se habían esfumado.

Entre los pacientes, de lo más variopinto, había de todas las edades. Entre los más jóvenes existía un número significativo de los que habían mezclado todo tipo de drogas, por lo que terminaron desarrollando una esquizofrenia paranoide. Todos fumaban de manera compulsiva, por lo que solíamos llevar un mechero en el bolsillo. Eso sí, solo podían hacerlo en las zonas de recreo, en las que estaban altamente vigilados y controlados. Aun así, una mañana apareció una papelera quemada. El fuego no se propagó porque rápidamente sonaron las alarmas.

En una ocasión, uno de los internos se acercó para pedirme fuego.

-¿Tiene usted fuego? –Me dijo educadamente.

Mientras yo buscaba en mi bolsillo, intentó quitármelo por la fuerza.

Me quedé petrificada. Pero al segundo estaban allí dos de nuestros más fuertes auxiliares y en un momento lo tenían inmovilizado.

Existían infinidad de anécdotas.

Recuerdo a una chica con un cuerpo escultural a la que llamaban “la Marquesa”, por ir siempre ataviada con un abrigo de pieles. Era de familia acaudalada y de firmes convicciones religiosas. Tenía una sonrisa perversa. Ella, educada en uno de los mejores colegios de monjas, en edad temprana se había echado un grupo de amigas poco

recomendables y se había hecho adicta al sexo. Cuando le parecía, se despojaba de su abrigo y se quedaba como Dios la trajo al mundo.

CAPÍTULO IX

Con el devenir de todos estos acontecimientos llegó el momento en que se le terminaba la beca a mi marido. Había llegado, por tanto, el momento de regresar a España. Dejábamos muy buenos amigos, pero ya no había excusa para seguir allí por más tiempo.

De la única que me despedí fue de Dana. Como ya dije anteriormente, no me gustaban las despedidas, por eso siempre las evitaba.

Dana siempre estaba alegre y transmitía optimismo y eso era lo que yo necesitaba, grandes dosis de optimismo.

Siempre me había costado adaptarme a los cambios. Me hacían sucumbir. Yo diría que cada cambio me quitaba años de vida. Conmigo la teoría de las especies de Darwin hubiese acertado de lleno. Estaba segura de que mi especie hubiera sido una de las primeras en extinguirse.

Esa tarde, Dana me recitó un poema que acababa de concluir y que llegó hasta lo más hondo de mi sensibilidad. Lo recuerdo aún como si fuese ayer. Lo titulaba:

MI SILENCIO

Con mi silencio convivo.

Con mi silencio me duermo.

No quiero seguir soñando,

quiero gritar mis inviernos.

Mi silencio se hace amo

de mi universo completo.

Quiero gritar a la vida.

Quiero gritarle al viento,

deslizarme en la corriente

hasta cualquier mar abierto.

Esperar un nuevo día

lleno de amor y bondad.

Cantar, como un pajarillo,

un canto primaveral. ()*

Este poema reflejaba perfectamente mi estado de ánimo. ¡Cuánta verdad encerraba!

Dana, al igual que yo, había aprendido a convivir con sus silencios. Sí, aprendido, porque cada vez que mi marido entraba en casa yo opté por permanecer callada, pues cualquier cosa que le dijese era motivo de disputa. Y, aun en silencio, intentaba provocarme. Se cebaba conmigo hasta conseguir que yo estallase. Y así una y otra vez.

Uno de sus rasgos de personalidad es que nunca se arrepentía de nada, ni una sola vez fue capaz de pedir perdón ni de reconocer sus errores.

Me sentía como un ser desvalido, exiguo. Con una simple mirada, con un solo gesto de cercanía me hubiese bastado para alimentar mis días. Me encontraba tremendamente vulnerable.

(*)Poema de M^a Dolores Molina Díaz

Me enamoré porque siempre me atraieron los hombres cultos. Me quedaba embelesada con todo aquello que sabían, que yo quería saborear y retener en mi memoria. Mi marido era tremendamente culto y quizá por eso me infravaloraba.

El día en que comencé a sentirme mejor conmigo misma fue cuando comprendí que el error o fallo, como se quiera llamar, no estaba en mí, como siempre había creído, sino que radicaba en él. Yo era una persona completa que no debía dejarme llevar por su permanente mal carácter.

Entonces venían a mi memoria las célebres palabras de Walt Whitman: “No dejes nunca de soñar, porque en sueños es libre el hombre. No caigas en el peor de los errores: el silencio. La mayoría vive en silencio espantoso. No te resignes”.

CAPÍTULO X

A los pocos días tuvo lugar en el hotel Room Mate Grace, en pleno centro de Manhattan, una cena en honor a los becarios que terminaban su labor en tierras neoyorquinas, y a la vez se daba la bienvenida a los nuevos investigadores.

Yo acudí con mi marido en calidad de acompañante. Me llevé una grata sorpresa al comprobar que Richard estaba entre los asistentes al acto y, además, había acudido solo.

El salón estaba abarrotado de gente. Nos saludamos cortésmente. Pero no tuvimos ocasión de intercambiar ni una sola palabra. Sin embargo, parecía que solo estábamos nosotros dos. Permanecimos ajenos a cuanto allí acontecía. Mientras uno de los comensales daba su discurso, nuestras miradas se cruzaban, nos sonreíamos. Se estableció una complicidad extrema. Nos decíamos todo con la mirada. Si alguien hubiese estado pendiente de nosotros se hubiese percatado enseguida de ello.

Recuerdo que en un momento dirigí inconscientemente la mirada hacia mi marido, suficiente para que Richard entendiese que existía una barrera insalvable entre los dos.

Una vez más no hicieron falta palabras, pero ambos sabíamos muy bien lo que aquello significaba. Jamás había mantenido una conversación nada más que con la mirada, una mirada llena de deseo.

Hubiésemos sido unos incautos si en algún momento hubiéramos pensado que aquella felonía podíamos llevarla a cabo.

La situación se mostraba de lo más insólita. Yo, a punto de partir a mi tierra, sin nada que pudiera atarme a aquel lugar, y a la vez, un pedazo de mi ser quedaría por siempre allí. Todo eso contribuía a que cada minuto quisiera exprimirlo al máximo. Me resultaba todo tan efímero. Quería detener lo imposible.

¿Qué sería de la historia de amor entre Richard y yo, si es que la había?

Por otro lado, sabía que Graciela cada vez estaba más cercana a él, ya que todas las tardes que me dirigía a casa, después de recoger a mis hijos del colegio, por esas casualidades que ocurren a veces, pasaba por la puerta de la casa de Richard y allí estaba tarde tras tarde aparcado el coche de ella. ¡Vaya cúmulo de coincidencias que conspiraban en contra nuestra!

Por si fuera poco, seguía sin resolverse quién podía estar detrás de todos aquellos sucesos que acaecidos en el área de Psiquiatría, de la que Richard era el máximo responsable. Yo lo encontraba más vulnerable y Graciela aprovechaba cualquier circunstancia para que no se le escapase su presa. Me hacía dudar si no sería ella la que lo hubiese tramado todo. La creía capaz de cualquier cosa.

Un día de tantos ocurrió algo inverosímil. Parecía uno de esos hechos que solo ocurren en la ficción. Encima de la mesa del despacho apareció un libro con los lomos muy gastados, las páginas estropeadas de haberles dado mucho uso. Aquello no era lo extraño. Lo curioso era que aquel libro me resultaba familiar. Estaba segura de que lo había visto en alguna otra ocasión. De repente, supe que era el mismo libro que "Vettel" – así era el pseudónimo que le habíamos puesto-, tenía el día que murió y que nadie se explicaba cómo había llegado a sus manos.

Cuando llegó el momento de volver a España, aquel misterio estaba sin resolver, como quedan tantas cosas en esta vida.

CAPÍTULO XI

Un día gris, después de muchas horas de espera en el aeropuerto, por una densa niebla, que envolvía a la ciudad y a mi mente atormentada, regresamos a Málaga.

Transcurrieron muchos años sin vernos, pero él vivía en mis pensamientos; era parte de mi ser y eso me bastaba, como cuando se pierde a un ser querido, que sabes que no puedes ver, pero que al mismo tiempo sientes que forma parte de ti, que nunca se irá del todo y que velará para que tus días sean más llevaderos.

Ni una felicitación por Navidad, ni una llamada. Yo me ilusionaba con que también una parte de mí estuviese con él. Sabía que aquel fuego abrasador que un día existió nada ni nadie podría extinguirlo. Ni siquiera ella, pues siempre en un momento u otro de nuestras vidas se añora lo perdido, aquello que por un motivo u otro no pudo acontecer.

Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, pero yo sabía que en su vocabulario esa palabra no tenía cabida, pues el tiempo es inexorable, y sabía, perfectamente, que el ocaso comenzaba a irrumpir en su vida. Aquí sí que no hay vuelta atrás.

Me quedé astillada en el pasado. Ya no esperaba el mañana. Para qué. Mis días transcurrían lentos, quedamente. Mis hijos crecían y no me necesitaban tanto.

Es curioso cómo la historia se repite. Nadie es imprescindible. La vida sigue su curso. Queremos buscar un puerto seguro donde echar el ancla, pero las tormentas se

desatan con el devenir de los años, arrojándonos a un rumbo desconocido y, en muchas ocasiones, nada apetecible.

Richard y yo ni siquiera habíamos podido despedirnos. El día de mi partida, él tenía previsto llegar de Massachusetts, pero su vuelo también se había retrasado.

Pero, en uno de esos encuentros fortuitos, que el inconsciente destino quiere que ocurran, a los que la vida te arroja —cuando parece que el corazón está más tranquilo— y que vuelve a abrir un cráter en el alma, como si de un meteorito se tratara, la zozobra se apoderó de mí.

—Dios, ¡qué dolor! ¡Qué impacto tan colosal!

Toda una vida soñando con un encuentro, para que ahora me estallase de lleno, cuando creía haber encontrado algo de sosiego.

Había sido una relación impoluta. El fuego no se había consumido. El volcán estaba en plena erupción y las cenizas volaban por doquier.

Richard estaba allí delante, con el pelo más blanco y más profundidad en la mirada. Cómo no se me había pasado por la imaginación que el ponente del congreso internacional de salud mental fuese precisamente él. Se alojaba con Graciela, con la que se había casado, en el hotel San Antón, en Granada.

Conversamos brevemente. Había tanto que decir y a la vez tan poco.

No me pilló por sorpresa que siguiese con ella, pero sí el hecho de que se hubiese casado, ya que él siempre hizo alarde de conocer muy bien al sexo femenino. Decía que ya sabía lo que suponía la convivencia y que no volvería a pasar por lo mismo, que aunque quiso mucho a su mujer, había aprendido que la ilusión y las ganas de ver al otro desaparecían cuando hacían acto de presencia los formalismos; todo se relajaba y perdía el encanto. A su edad presumía de que ninguna mujer volvería a llevarlo al altar. Incluso una vez lo sorprendí relatando a unos amigos que las mujeres

eran tremendamente persistentes, que cuanto más difícil se les ponían las cosas más y más insistían. Tan ensimismado estaba exponiendo su tesis que no se percató de mi presencia. Pero desde aquel día me prometí a mí misma que jamás lo buscaría y así lo cumplí. Aunque tuviese ganas de llamarlo, no lo haría, porque no lo veía decidido a apostar por nuestra relación.

En una cosa, al menos, no se había equivocado, pues Graciela había sido tan persistente que acabó por conseguir lo que se había propuesto. Yo no tenía ese tesón. Simplemente, era más romántica y no quería que un hombre estuviese a mi lado por el mero hecho de dejarse llevar.

Aquel día, Richard me reveló uno de sus secretos.

—Nunca te paraste a pensar por qué me gustaba tanto leer a Schopenhauer, el llamado “filósofo de los pesimistas”, pues porque yo, en el fondo, tenía mucho de él y con los años aún más.

—¿Tú, Richard? ¡Oh, vamos! Tú, el que impartes conferencias por doquier sobre inteligencia emocional, sobre el poder de la autoestima y sus logros. ¿Cómo puedes decir semejante cosa?

—Tal vez por eso. Me ha movido el vacío, el querer llenar ese vacío que no encontraba sosiego.

—Es curioso, porque tú sí podrías haber llenado el mío.

—¿Sí? ¿Tú crees? Pero, ¿por cuánto tiempo?

—Ya estamos con el dichoso tiempo. Corre, vuela, juega con nosotros, se ríe sin que podamos luchar contra él. Siempre va en nuestra contra.

—Sí, pero a la vez es el que ha mantenido viva nuestra llama.

—Entonces, si es así, ¿por qué te casaste con ella?

—Piensa lo que quieras, pero no creí que te hiciera daño.

–Pues me lo has hecho. Pero, quizá por eso, crecí, que antes de conocerte no lo había hecho. Me conformo con ser parte de tu alma, aunque ella te tenga físicamente todos los días.

–Pides mucho, pero puedes estar tranquila. Todos los días me acuerdo de la sonrisa de aquella chica inocente a la que conocí.

Una vez más volví a perderlo. Tuvo que regresar a Nueva York.

Después de volver a verlo me costó levantarme de nuevo. Eran ya muchas caídas. Mi cuerpo se resentía.

A Dana y a Gustav sí volví a verlos. No todas las veces que yo hubiera querido, pero sí venían con cierta frecuencia a Granada. Decían que Granada los oxigenaba. Siempre me llamaban y yo acudía. Y aunque sabía que tenían noticias de Richard, yo prefería no preguntar, por si había algo más que pudiera hacerme daño. Ellos respetaban mi silencio.

Gustav decía que la única sensación de que el tiempo podía detenerse era cuando, pasados los años, en cada una de sus visitas a Granada, se fundía con las mismas calles, con los mismos nombres, exactamente igual que de niño. Volvía a ver sus edificios emblemáticos, su Alhambra majestuosa. En ese preciso momento sentía como si nada hubiese ocurrido, como si las ilusiones no se hubiesen marchitado.

El campo del Príncipe seguía allí con su Señor de los Favores, la plaza de Mariana Pineda, el barrio del Albaicín, el río Darro, con más o menos caudal. Todo seguía allí.

Algunos edificios habían sido restaurados. Sí había muchas cosas que también habían cambiado, pero su esencia era la misma. Era una sensación muy placentera. Revivía los precisos instantes en la que la visitó por primera vez y su corazón, ya gastado por tanta inclemencia, lo hacía con el mismo júbilo.

CAPÍTULO XII

Con el paso de los años, instalada ya en España y tras aquel encuentro fortuito, sin que una vez más no hubiese despedidas, pero sí sabiendo que probablemente fuese la última vez que nos viésemos, vivía llena de recuerdos, recuerdos que pesaban como un cuerpo inerte.

Continué trabajando en el área de Psiquiatría, pero se me hacía la tarea más ardua. Mi trabajo me gustaba pero ya no tenía la ilusión de antaño. Procuraba no inmiscuirme demasiado en la vida de los pacientes. Había aprendido a desconectar, había asimilado que yo no podía modificar las circunstancias, por el largo camino ya recorrido, pero la esencia aún permanecía en mí.

Cuando el desánimo amenazaba con aparecer no había nada mejor que una comida con las amigas, acompañada de un buen vino. En esas reuniones los hombres no tenían cabida, aunque siempre terminásemos hablando de ellos:

—¿Os acordáis de aquel chico guapetón que le tenía fobia a los ascensores?

—¿Cómo íbamos a olvidarlo? —contestaban todas al unísono.

—Lo que no sabéis es por qué les tenía esa fobia. Por suerte, no vivía en la “Quinta Avenida”. Si no, hubiera desfallecido en cuanto subiera un par de veces a su casa por las escaleras.

—¿Y a qué era debida esa fobia?

—Según me enteré, todos los días, cuando llegaba a casa después del trabajo, coincidía en el ascensor con el mismo apuesto caballero y siempre se saludaban

cortésmente y hablaban de temas sin trascendencia. Así durante bastante tiempo, en el que su mujer incluso lo abandonó.

—Sí, pero su sorpresa, con mayúsculas, se produjo cuando un día se la encontró nada menos que del brazo del apuesto caballero del ascensor. A raíz de ahí, le daban crisis de ansiedad si se subía en uno de ellos.

—Lástima, chicas. Para un hombre que quiere a su mujer hay cientos que no las quieren.

Añadía otra:

—Pánico es el que pasamos cuando tuvimos que ir por una travesía de montaña, en pleno invierno, a recoger a un chico esquizofrénico al que le había dado un brote y no había quien pudiera con él. Cuando se tranquilizó y pudimos emprender el camino de vuelta, al llegar al hospital, después de seis horas de coche, y al hacer los trámites pertinentes para su ingreso, al cachearlo el auxiliar, le sacó una navaja de grandes dimensiones. Al verla, a los que habíamos ido a por él, se nos heló la sangre al pensar que nos podía haber cortado la yugular.

CAPÍTULO XIII

Es curioso que nunca me gustaron las aventuras. Y ahora, en cambio, con el devenir de los años, me hubiese encantado tener alguna, experimentar lo que se siente. Aunque en el fondo sabía que no me habría traído más que sufrimiento, el sufrimiento que supone cuando algo bonito llega a su fin y el sufrimiento que supone el no obrar con rectitud. Al menos, debo reconocer que estaba en paz conmigo misma. Me había hecho fuerte y había actuado en base a mis principios.

Al final era mi marido quien se había ido. Y qué más daba, si nuestra relación jamás se sustentó en los cuatro pilares de una buena relación: respeto, generosidad, sinceridad y atracción física. Nada de eso quedaba.

Mis hijos ya no me necesitaban y yo solo contaba con la compañía de mi soledad, a la que tanto había temido. Mi hija no se había emancipado; aunque estaba muy bien preparada, no encontraba un trabajo duradero y satisfactorio. Eso se reflejaba en su vida. Nunca me daba explicaciones. Vivíamos bajo el mismo techo, pero con escasa relación. Había aprendido a la perfección el rol de su padre. Éramos dos mundos divergentes, dos líneas en el infinito que no encontraban nexo de unión.

Un día que ya anunciaba la primavera, mi estación preferida, con los almendros en flor y los campos llenos de amapolas, pero con lo poco que quedaba de mi niñez, me llegó una carta certificada y sin remitente. La abrí con gran curiosidad. Tan solo contenía la foto de Richard, la misma que me enseñó su mujer aquel día que fui a visitarla a la residencia.

“Cuando esta foto hable dejaré de quererte”.

Volvía a haber una luz de esperanza.